

CAPITULO OCTAVO

Significado del comercio de sahumerios y perfumes en la antigüedad y la Edad Media

Para la fabricación de esos perfumatorios trictamente las constelaciones de los astros a fin de prepararlos en el tiempo y fecha exactos.

Basta con estudiar, de pasada, la liturgia de la iglesia católica-romana, para darnos una idea del uso del incienso en la santa misa. En muchos pueblos de ultramar sobre todo, los católicos llevan sus enfermos a misa para curarlos, lavádoles con agua bendita y vapores de incienso. Eso, entre sus antepasados, servía de sortilegio.

No hay pueblo primitivo ya sea en el Africa, en las estepas argentinas, en las islas del mar del Sur o en el Norte de Siberia entre los

que no se encuentren hechiceros o magos que transmiten, de padre a hijo, el secreto de la preparación de esencias y sahumerios y que ejercen su especial y lucrativa profesión de curanderos.

Los sacerdotes españoles que otrora avanzaron con los conquistadores de México, destruyeron muchos documentos de civilización. Sin embargo, la rica literatura transmitida por Sahagún y otros, nos proporciona informes fidedignos respecto a la preparación de esencias y sahumerios. Cuando la naturaleza es pródiga no hay que ser avaro de sus dones y por cierto que eso no acontecía, sobre todo en Oriente, pues está probado, históricamente, que en el entierro de Herodes, 5.000 esclavos iban adelante, llenando el espacio de sahumerios, vapores y perfumes.

Por el Nuevo Testamento sabemos que la bella pecadora María Magdalena lavó los pies del Señor con bálsamo y que los secó con su cabellera. Y en el Antiguo Testamento se encuentra, en los Proverbios, que Judith fricciónó el rostro con unguentos aromáticos.

Los fenicios, artistas en la preparación de tales medios, se lo enseñaron a los griegos y hoy, al viajar por las montañas que el sol de Homero iluminó, vemos una flora natural estupenda, especial para esos fines. Los grie-

gos, que siempre procuraban importar de otros países lo mejor, sacaron mucho y aprovecharon ese arte de los egipcios. En los cantos de Homero, Hera es friccionada con óleo aromático, y hasta recordar las leyendas griegas de la creación de la diosa olímpica Perséfone, la historia de los viajes y andanzas de Hércules y Ulises, para ver cómo en todo, aquí y allí, los griegos impregnaban de hierbas aromáticas no solo sus vestiduras sino hasta los muebles. Por la Iliada sabemos que Juno se perfumaba con esencias especialísimas para atraer a Júpiter, el gran dios. Hasta se conservan en los nombres de ciertos perfumes los de productos helénicos. Puede decirse que en aquel tiempo cada una de las islas áticas se hizo célebre por un olor especial de su fabricación, lo que se fué transfiriendo, de tierra en tierra, como instrumento de cambio.

Uno de los mayores exportadores en la especialidad de esencias fué la Arabia. Su cielo siempre azul que durante ocho meses da en las montañas libre acceso al sol, y que marca a la sombra una temperatura de 45°, difunde durante toda la noche un extraordinario rocío que influencia especialmente en las flores un olor fuerte. Existen ahí florestas enteras de una especie determinada de enebro; ahí crecía el raro "*Adenium obesum*". Es imposi-

ble fabricar en el resto del mundo incienso tan perfumado como el de esos prados tropicales. De cuán valioso era, por otro lado, el consumo del producto árabe, coligese de informaciones interesantísimas de un escritor coetáneo, el cual avaluaba el gasto de sahumerios y defumatorios que Nerón había gastado en el entierro de Popéa Sabina, su esposa, muerta el año 65 después de Cristo, en toda la producción que Arabia podía proporcionar en un año entero. Pensemos ahora en que Arabia mantenía una gran flota. De Arabia se llevaron después los moros norte-africanos las esencias a España, de cuyas bibliotecas podíamos copiar innumerables recetas de su voluminosa literatura. De España, muchas de esas cosas pasaron a la América Latina llevadas por los misioneros, y juntándose allí con las recetas de los aborígenes tenemos hoy, aún cuando algo confusas, una valiosa fuente de investigación que nos ilustra sobre el intercambio entre Europa y América, en asunto tan especialísimo.

Es imposible poder fijar los límites entre la leyenda y las primeras manifestaciones de la historia. En México, India, Grecia y la antigua Roma, encontramos innumerables leyendas y cuentos en las que se refieren curaciones de enfermos por medio de vapores y

sahumerios y de ahí puede desprenderse que esa práctica no es de ahora sino de todos los tiempos. En todos los países citados, no solamente en los templos sino en las casas particulares, se colocaban vasijas con plantas aromáticas para procurar con ellas la curación de los enfermos y alejar sus achaques, esto es, estimular el interior del organismo para su propia curación. El que no hayan permanecido, ni se hayan desenvuelto hasta hoy esas actividades se explica así: los pueblos de esas épocas combatían en la arena religiosa por intereses económicos; desterraron, más o menos, el empleo de los defumatorios, y así obscurcieron en lo íntimo la comprensión de sus fuerzas curativas.

Así como los sacerdotes describieron su Olimpo con todas las sobrecxcelencias de su propio gusto, así tampoco se olvidó Mahoma de mencionar que los lindos cuerpos de las hurricas, de ojos negros, eran hechos del más puro almizcle y por eso envolvían a Aláh en su paraíso. El sultán Saladino ordenó que las paredes de las mezquitas fuesen lavadas con agua de rosas y esa orden se conserva aún hasta hoy día como un hábito.

Se protegían con todo esmero ciertas especies de materias fragantes y ciertos perfumes: Plinio, el año 65 antes de Cristo, habla

de persecuciones por causa de falsificaciones de ciertos productos.

Más tarde, vemos que los Estados monopolizan el comercio de las esencias, rindiendo, en esa época, el impuesto tanto como hoy el monopolio del tabaco y del alcohol. Así como en la Edad Media los magos y astrólogos tenían un lugar oficial en las cortes, para indicar a los señores con datos astrológicos, el posible porvenir, o actuar sobre ellos, suavizándoles las desarmonías de la sensibilidad, así también había perfumistas que, llegada la ocasión, debían preparar la esencia adecuada para las recepciones. Más no siempre estas cosas que deberían haber sido sagradas, se empleaban con buen fin. Vemos así que Catalina de Médicis, esposa de Enrique II de Francia, se valió de esencias venenosas que ocultaba en su guante para tenerlas a mano y ahuyentar a un adversario o un adorador que no aceptaba. Luis XV tenía un olfato tan especial que exigía que su cuarto fuese perfumado todos los días con una esencia distinta.

No siempre un olor drásticamente desagradable es causa de daños en la salud, por otra parte, puede, presentando síntomas que puedan relacionarse a él ser gran peligro para la salud y en tales casos deben servir de alerta.

Se sabe que los vellitos cercanos a los nudos de la caña de la mayor parte de nuestros bambús son aplicados por muchos salvajes con fines criminales. Se pican estos (vellitos) con cuchillos bien afilados durante horas, secándolos después sobre piedras calientes por espacio de días enteros. Las fibrillas, bien picadas al infimo tamaño, se curvan en gancho y en ese estado se mezclan, con instinto asesino, a los alimentos de un enemigo odiado. Estas se enganchan a las paredes de los intestinos, los alimentos siguientes las arrastran e impelen; los intestinos sangran y ya después de la primera deposición de la comida fatal, aparece la sangre. Sigue la supuración del canal digestivo y de la dosis suministrada y del número de repeticiones, depende que la víctima muera de esa desgracia algunos días, o hasta tres años después. Cabe decir que los alimentos con esa mezcla fatal toman un olor especialmente desagradable, que el que conoce este procedimiento se da cuenta inmediatamente. En Colombia, entre Cali e Ibagué, existen bambusales paradisiacamente hermosos. En un viaje que hice por ese Edén, mi mujer me llamó la atención hacia la belleza de los bambús, le conté esa relación y pronto tuvimos oportunidad de lidiar con tales enfermos; desgraciadamente, la ma-

yor parte de ellos estaban irremediablemente perdidos.

En la América Latina, los hechiceros se valen de todas las substancias posibles como portadores de venenos; las más de las veces cenizas, otras, sal y hasta del jabón. La víctima recibe de regalo un jaboncito y poco después se enferma con su uso.

Antiguamente ya se conocía el jabón de lavar, sin embargo, sólo después de 1713 se vieron en el comercio los primeros productos olorosos que constituyen hoy una industria universal. Ya dijimos que en el Tíbet se colocan sobre el altar en lugar de las esencias prescritas para el culto sustitutos en forma de jabones perfumados, de fabricación inglesa; y así en los últimos tiempos, los americanos dieron con una idea completamente nueva. Esto lo encontramos en un recorte de una revista; se describe allí un nuevo truco comercial americano: "Sell with Smell", venta con perfume, y es natural que el olor ha de ser bien agradable. Después que las estadísticas establecieron, según observaciones hechas en todos los ramos importantes, que los clientes compran de preferencia las cosas de perfume agradable, fué de lo más natural el aprovechar prácticamente esta verificación. El perfumista ganó inmensamente en muchos ra-

mos. Tuvo que luchar ardientemente para conseguir dar a las mercaderías un perfume agradable. Artículos de caucho, de toda clase, que antes tenían un olor desagradable, traían de súbito olor a violetas y rosas. Los tejidos de olor azumagado o a quemado tomaban olor a perfume. Hasta los envoltorios en que las grandes empresas de víveres venden su género toman delicioso olor. Con él se va el olor desagradable de la tinta de imprimir. Las medias de seda, el cuero y el papel para los más importantes "magazines" deben tener ahora buen olor. Nadie sabe todavía cuánto va a perdurar esa moda. Para muchos productos trátase de una moda permanente. Sin embargo, la mejor idea fué la de una firma contra incendios que esparció réclames con olor a madera quemada.

Los fumadores saben que el gusto del tabaco mexicano es un tanto acre y el aroma, principalmente en ciertos tabacos habanescos, no prima sobretodo si se les compara con los cigarrillos manufacturados en el Estado de Veracruz. ¿Cómo proceden en eso los indios? Preparada una especie de esencia de las más finas hojas del mejor tabaco la derraman en un pañuelito y lo depositan en una caja llena de variedades inferiores. Los cigarrillos así tratados mejoran tanto que bien pueden com-

parárseles a los más finos habanos. Ese proceso, entretanto, debería ser recomendado al fumador mismo, ya que todo se podría perfumar al contacto con la cigarvera.

Un corifeo de la ciencia internacional, el señor Profesor Ballaestero, de la Universidad de Madrid, dió hace poco en Berlín una interesantísima conferencia. Habló sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo que salió de la península Ibérica e investigó las profundas causas económicas latentes en la búsqueda de un camino a las Indias. La India era el principal proveedor de toda clase de aromitas y especerías. El interés por esas cosas, entre las que se incluyen naturalmente las materias primas para defumantes y esencias, fué tan extraordinario, que no podía ser satisfecho por las vías normales de navegación ni por las caravanas de esa época. Se vieron obligados a buscar nuevos caminos y tierras productoras para traer a Occidente especerías en mayor escala.

Al principio no fué sólo la caza del oro el estímulo para los grandes descubrimientos. Se sabe que había en ese tiempo grandes especerios que reunían todos los medios para armar navíos, enganchar a osados navegantes como comandantes y tripulaciones, capaces de arriesgar sus vidas por los planes fantásticos

de aquella época. Se sabe también que no hay que dejar a un lado de las últimas causas invocadas para el descubrimiento de América el ir a buscar una fuente de nuevas esencias y para ello, de las rutas indispensables. Es verdad que junto con las nuevas tierras se hallaron muchas materias primas de esas especias; y entretanto, el oro y el ansia de obtenerlo cada vez en mayor cantidad fué sofocando en los inmigrantes todos los buenos gérmenes, aniquiló la secular cultura y promovió hecatombes de vidas humanas.

CAPITULO NOVENO

Los sistemas de cura conocidos y sus consecuencias

Ya describimos suficientemente el uso del incienso y esencias en la vida religiosa de los pueblos, pero sólo ligeramente dijimos que esos mismos productos son empleados como remedio.

Podríamos ahora, bajo el aspecto de la historia de la civilización, alargar la materia y agregar, aquí y allí, muchas cosas interesantes y explicarlas. Sin embargo, la idea de este libro es establecer las posibilidades de valorizar la utilización y realización de los olores y perfumes en la curación de los hombres.

Se nos presenta, irremisiblemente una pregunta: "en este asunto, ¿vale la pena presentar algo nuevo? ¿No estamos saturados de sistemas y medicinas?"

Cuando examinamos el laberinto de las medicinas en el que anualmente se abren cuatro o cinco brechas, medicinas que aparecen a veces como simple moda y que luego desaparece la frecuencia de tales novedades, suscita naturalmente, dudas. Se dirá: "ya esperábamos con cierta certeza esta otra, que alguien se propusiera curar a los hombres con perfumes y sahumerios. "Ya hemos tolerado resignados la cura de agua fría del Dr. Kneipp, al Dr. Weisenberg con su queso blanco, la cura por medio del "torrente del vientre" y otras: "pero ya es demás el tener ahora una cura por aspiraciones, defumaciones, perfumes curativos, etc., cosas que entran al terreno del lujo, de los muestrarios de los peluqueros e institutos de belleza!"

Nos permitimos rogar al lector que tenga paciencia con este libro y no emita su juicio hasta el final, sobre todo si abandonó un consultorio médico sin obtener la cura deseada. La **Osmoterapia** vendrá a ser algo especial, principalmente legítima, que ha tenido por padrinos el entendimiento humano, la razón y la lógica, pues es una herencia tradicional que estamos obligados a propagar hoy en gran escala a todo el mundo. A todo momento se presentan personas que sienten y perciben fuertemente, aun cuando no todas fuerzas y

corrientes invisibles a nuestra corta vista. Goethe, por ejemplo, trata en el "Fausto" de todas esas cosas y el tiempo ha de venir en que se vuelva también a la comprensión de su teoría de los colores. Vean el gran descubrimiento del día: "la radio". Cuando conversamos todas estas cosas con personas ligadas, íntima y sensiblemente con la naturaleza, ya sean navegantes del mar o del aire, comprendemos entonces la frase de Shakespeare, puesta en boca de su Hamlet: "Hay más cosas en el cielo y en la tierra que tu vana filosofía." Pasma oír cómo debate la gente sobre cosas que aún son tan secretas. En los últimos años hemos aprendido a ver muchas cosas de los salvajes con otros ojos y a no rechazar lo no probado, como supersticiones, sino probar, al contrario, investigar, escudriñar y aplicar los viejos sistemas y procesos ajustándolos a los actuales.

Luego al dejar, recientemente formado, la Facultad de Medicina, Dios sabe lo que supuse; pero luego después en la clínica, busqué con mi ignorancia y encontré otros maestros entre los aborígenes de la América Latina.

Esos indios no habían perdido el contacto entre el cosmos, el todo y los hombres; sabían, al contrario, que los planetas influyen en nosotros.

La astronomía, ciencia matemática, es absolutamente segura e incontrastable si la consideramos libre del ángulo científico, material y limitado. No tiene nada que ver con la astrología. Cada una, de por sí, es una ciencia especial. Precipitadamente suponemos que todo en la astrología es una suposición. Hoy eso es seguro y tenemos en ella una norma que puede ser de extraordinario valor.

Comprobamos que en el ir y venir de una y otra teoría, lo que antes fué rechazado, vuel ve hoy a discutirse. Sobre todo, la antigua ciencia contenía una concepción del mundo que la ciencia moderna no acepta en absoluto. La creencia que de ella queda, va dando todavía a millares de personas, materia de consuelo, siendo por lo tanto un valioso factor de cura, en sentido espiritual.

Naturalmente que rechazamos la horoscopia de feria y el gobierno hace muy bien en prohibirla. Es de presumir, sin embargo, que no han de ser cercenados en sus esfuerzos los investigadores serios que miran esos asuntos bajo el prisma de la cultura histórica.

Examinemos más de cerca los sistemas de cura conocidos

Tenemos desde luego, la alopátia, medicina oficial elevada por sus especialistas a un altar de infabilidad. ¿Quién no ha visto,—sin

embargo, a la cabecera de un ser querido enfermo todas las fallas de esa ciencia humana? Basta con leer la crítica de un Bernard Shaw, tijera que recorta los tejidos de la opinión médica oficial.

Allí se ve cuán débil es todo aquello y escarnece en forma más venenosa que Moliere. O bien recordemos la desastrosa vacunación de niños en Lübeck y nos horrorizaremos de ese experimento desgraciado. Es verdad que a veces aparecen en la medicina oficial innovaciones como la psicoanálisis del Prof. Freud de Viena, o las de su discípulo Adler, que más tarde se desligó de las ideas de Freud y otros más. Nosotros mismos refutamos al profesor Freud y lo rebatimos fuertemente, aunque en verdad él mostró una ruta, en la que considera lo psíquico y lo parapsíquico. Fuera de eso, todo se mueve en grosera base material, tratan, más o menos, al organismo como máquina impelida por energías e intentan actuar casi siempre químicamente, en el grosero cuerpo material.

El triunfo en la medicina oficial es generalmente todavía el empirismo que dice: el remedio, si hizo bien a Juan, luego debe servir también a Pedro y Federico. Nadie piensa que, muchas veces, las naturalezas de Pedro y

Federico son fundamentalmente distintas de la de Juan.

Hipócrates, padre de la medicina, pregona esta fórmula: "Natura sanat, medicus curat". Y así es, la naturaleza sana a los hombres de sus dolencias y el médico apenas cuida con sus medios, de estimular la naturaleza, de influir favorablemente si quiere obtener salud. Por naturaleza entiéndese, pues, cierta fuerza inherente al cuerpo que no sólo actúa repeliendo las molestias sino también curando. Más tarde volveremos sobre esto.

Al lado de la alopatía, tenemos entre los sistemas curativos más conocidos, la homeopatía. Su descubridor, Hahnemann tuvo la idea de que algo debía haber dentro de nosotros, una naturaleza, una energía sanativa, provocadora como reflejo, de síntomas mórbidos. Le vino después la idea genial de hacer actuar primero en un cuerpo sano los medicamentos, extractos vegetales o sustancias minerales, tal como los emplea la alopatía; después, si provocan los mismos síntomas de la enfermedad, los incorpora a su tesoro terapéutico. El los describe como una especie de medios excitantes de la naturaleza íntima de las personas. Los homeópatas piensan que para obtener tal excitación no hay necesidad de administrar el remedio en dosis excesiva, ma-

eiza, al contrario, siendo esa fuerza curativa sutilísima en los actuantes hacen mejor las dinamizaciones decimales, centecimales y aún más altas.

Convengamos, pues, en que ambos procesos curativos tienen, de común, el empleo de extractos vegetales y ambos desarrollan una fuerza medicinal interna. La diferencia consiste, apenas, en la cantidad de droga suministrada. La homeopatía es más sutilizante; y aquí nos asalta una idea: "No sería posible utilizar tal vez más esas cantidades hasta la forma de un gas o emanación?" Eso, homeopáticamente, es concluyente.

Los médicos naturistas, por lo general de pocos conocimientos, toman en cuenta, ante todo, esa fuerza natural y dicen: "Si existe tal fuerza o agente físico, es muy posible activarla o excitarla por medios físicos también". Y para ello se valieron del sol, de la luz, del aire, del agua fría o caliente, de la electricidad, de los masajes y de otros agentes, como factores medicinales.

Sería preciso un capítulo especial para mostrar cuán criminal es infundir calor al cuerpo por medio de chorros de agua fría. Con masajes exagerados, quemaduras de la piel con los baños de sol y procesos eléctricos

mal aplicados, esa terapéutica se ha tornado en un peligro general

Los sistemistas principales como Kneipp y otros, no menosprecian las plantas medicinales, al contrario recomiendan una serie de tés para ayudar a sus procedimientos. También concuerdan con las ideas de ellos el empleo de las plantas y dentro de la naturaleza íntima, ven las propias fuerzas inherentes al cuerpo, el principio capaz de efectuar la cura. Los purgantes de Kneipp han producido, mediante los aloes, dolores de estómago y trastornos intestinales. Por otro lado, se sabe que el cáncer se produce directamente por medio de ciertas irradiaciones. Los procesos naturales, comunes, son por el contrario indemes.

Con Mesmer surgió una nueva idea. El, como primer magnetizador, decía: "Si el hombre posee esa fuerza curativa interna, ella sólo puede ser de naturaleza espiritual, magnética y es evidentemente transmisible de hombre a hombre. Concibió él una especie de rayos N, una especie de "od" a lo Reichenbach y pensó: "Si en un paciente no es suficiente su fuerza magnética interior curativa, para salvarlo debe tomarla él prestada de otro que le trasmita algo de su fuerza medicinal".

Los magneópatas creen poder alegar que poseen fuerza como los acumuladores de la

que nos podemos proveer. Hay, hombres conocidos como "porta-bacilos", es decir, personas que en sí y para sí enteramente sanas, llevan en la nariz, en la garganta, o en otra parte, bacilos peligrosos para terceros con quienes ellas tienen contacto íntimo, principalmente si éstas son más sensibles que ellas. Se conocen casos de magnetizadores porta-bacilos que han sido causa de tremendas desgracias. ¿Quién nos asegura que no podamos caer en manos de tan nocivas criaturas?

También los tan peligrosos magnetizadores están de acuerdo sobre esa fuerza curativa o natural inherente al cuerpo. Algunos de ellos no se convencen de esa provisión y dicen que cada persona lleva en sí, por naturaleza, la fuerza curativa necesaria. Que esta debe ser dirigida, o mejor dicho, comandada, ya sea por el paciente, ya por otra persona. Por fin se ven los hipnotizadores y frente a ellos, los partidarios de la autosugestión. Ambos tienen de común el creer que tal fuerza curativa se halla en el subconsciente. Sobre todo Coué que es en ese campo el precursor, alcanzó un éxito colosal. La psicoanálisis de Freud gira en ese mismo plano. Hasta los "Gesundbeter", como partidarios de la "Ciencia Cristiana" no conocen otra cosa y llaman a esa fuerza DIOS.

Es de suponer que con tantos sistemas y escuelas rivales no habría de haber enfermos. Para simplificar las cosas bien podían acordar un cualquier sistema ecléctico. Nadá de eso. Aquí también parece imperar la máxima: "¿para qué simplificar una cosa, si aún cuando todavía complicada, marcha a pesar de todo"?

Recientemente se recomendaban toda clase de panaceas que hacían recordar a la "*panacea mercurialis*" de los alquimistas, y con ellas se cometen muchas imposturas y desórdenes. Entretanto, no todo en ellas es falso.

Existen, puede decirse, ciertos curallotodo; de entre ellos quiero mencionar dos. Uno de ellos es la miel de abejas y su principal elemento el azúcar. La miel, ese verdadero preparado de los dioses, puede curar infinitas dolencias, pues encierra elementos valiosísimos ya que las abejas saben extraer, de los cálices de las flores, las infinitamente pequeñas y sutilísimas substancias curativas y esenciales. Naturalmente, que el éxito medicinal de la miel depende directamente de la región de donde proviene el panal. Igualmente de eso depende el color y la calidad. La miel del valle del Luxemburgo difiere mucho en valor del de las grandes haciendas de Costa Rica. ¿Hay muchas plantas venenosas en las cercanías de

la colmena? Eso ha de influir desfavorablemente en la miel. También esto depende de la clase de abejas.

Todos saben lo sana y nutritiva que es una buena miel de abejas, porque su principal componente, el azúcar, es un elemento básico nutritivo y curativo. Sí, es de los mejores remedios y es lástima que muchas personas lo ignoren. Con el azúcar puédense obtener maravillosas curas de la vejiga y del riñón. Para tales molestias ya receté hasta una libra de ese alimento con excelente resultado.

Es igualmente un remedio excepcional contra la fiebre. A estos enfermos no se les debería prohibir jamás jarabes o limonadas con azúcar, pues el azúcar es fácilmente digerible, influye favorablemente en el curso de la temperatura y provee, además, de las calorías necesarias.

Aún más, el azúcar fortalece la resistencia del sistema nervioso y actúa calmándolo; no hay inconveniente, por lo tanto, para satisfacer la constante exigencia de los niños por ese dulce alimento. El azúcar, siendo un remedio tan sencillo, es casi desconocido en su acción contra las picadas de insectos, de las que irradia la hinchazón y evita la comezón.

Aun en las grandes heridas, tajos en las piernas, etc., hace mucho bien, actuando con

más rapidez y casi siempre mejor que cualquier otro curativo por más cuidadoso que sea. Tal acción se explica si se sabe que toda herida sana por medio de una secreción propia y que esa secreción descompone el azúcar en alcohol y gas carbónico; y que los dos impiden el desarrollo de las bacterias. Además, hace que las ligaduras no sean renovadas muy seguido cosa que, aún cuando algo antihigiénico, favorece más la cicatrización, pues la herida no se ve privada frecuentemente de su humor curativo. Dejando el emplasto de azúcar durante una semana sobre la herida, es seguro obtener la curación.

Probamos que los principales sistemas terapéuticos se valen de plantas medicinales y que tales procesos tienen la pretensión de constituir la historia de la medicina. También los pueblos primitivos se sirvieron de tales plantas.

Hay, entretanto, un síntoma llamado idiosincrasia. Es una hipersensibilidad del organismo ante ciertas substancias. Varias personas después de usar ciertas hierbas medicinales, o bien fresas, camarones y otras cosas, se ven acometidas por la urticaria, que a veces las tienen bien a mal traer. Otros, en cambio, permanecen indemnes a tales influencias. Eso quiere decir que lo que a unos hace mal, es útil

a otros. Por otro lado, sabemos que hay gran cantidad de plantas venenosas que aún tomadas en pequeñas porciones acarrearán desastros y a veces hasta la muerte. Eso nos compele a rechazar la alopátia y a colocarnos, de preferencia, al lado de la homeopatía que solo receta dosis inócuas.

Cabe preguntar ahora si al entrar los medicamentos al estómago éste no separa las sustancias químicas, haciéndolas ineficaces. Es por eso que estamos obligados a buscar nuevos caminos que nos proporcionen sustancias más sutiles todavía y posiblemente más activas. Ese nuevo método es la "Osmoterapia", la cura por esencias odoríferas.

Antes de que entremos nuevamente en la historia directamente relacionada con las perfumaciones, quiero recordar el sistema curativo por medio de las plantas tal cual lo presenta Paracelso y que tan admirablemente nos transmitió el médico Dr. Karl Zimpel, allá por el año 1860 en su terapéutica espagírica.

En el tiempo en que todavía estaban fundidas la medicina y la religión, se sabía que casi todas las plantas son más o menos venenosas y que contienen sustancias vitalizantes. Esto es: que cada planta posee algo nocivo pero, al mismo tiempo, algo curativo y benéfico.

La misión de nuestros químicos sería entonces separar lo bueno de lo malo. Eso se llama "ars spagyrica" o de Paracelso. Los sabios de la antigüedad no publicaban esos secretos. No había entonces registro de patentes que los protegiese. Tampoco querían que un sistema elaborado con tanto celo y cuidado, fuese a perderse en el futuro. Por eso se lo transmitían a ciertas sociedades secretas, que entonces, para las nuevas generaciones de médicos, representaban como una Universidad. Los Rosacruces merecen nuestra gratitud por haber conservado estos conocimientos y secretos alquímicos y esencias que, hasta hoy día, todavía no entran al comercio. La tradición de esas ciencias se remonta a los misterios egipcios y griegos y se completa con las investigaciones del autor de este libro en el ámbito de los misterios toltecas, mayas e incas.

CAPITULO DECIMO

Arcanos vegetales y sus tradiciones

Volvamos ahora a los arcanos espagóricos, es decir, a la división entre las substancias tóxicas y mortales y los principios vitalizantes y curativos. Existe una extensa literatura en latín, hasta hoy día conservada, de los maestros alquimistas medievales.

En ese tiempo, el médico debía presentar tal como se usaba en los gremios de trabajadores, algo que acreditara su competencia, como por ejemplo, un específico, que se volvía de su propiedad y al que sus príncipes o directores daban privilegio de fabricación. Muchos de esos extractos subsisten hasta nuestros días. Me recuerdo de las famosas gotas de Hoffmann. Federico Hoffmann, clínico en 1685, en el principado de Minden, nombrado médico de la corte, experimentó allí varias de esas recetas antiguas. Es interesante la lec-

tuna de sus obras, de las que todavía existe una edición completa hecha por uno de sus sucesores en el castillo de Bredow. Médicos de la talla de Hoffmann presentaban, con pleno conocimiento, esos remedios, que sus creadores, tres o cuatro siglos antes, habían ya preparado. Sin embargo, ya en ese tiempo, Hoffmann observa que es una lástima que tales preparados tengan que contentarse con instalaciones tan primitivas, cual los laboratorios de los alquimistas. ¿Qué diría un Hoffmann si volviendo de esa época, pudiese ver un laboratorio químico moderno, en donde, con centrifugas y aparatos eléctricos de toda clase, se puede lograr lo que entonces apenas osaron pensar?

También la botánica ha hecho destacados progresos. A estos pertenecen las investigaciones de Mendel sobre variedades. Además, el tráfico intenso de los vapores rápidos y aviones, nos facilita hoy la importación de plantas exóticas de todo el mundo a fin de someter a un análisis químico exacto, aquellas plantas que las religiones antiguas consideraban sagradas.

Hace poco que, en un laboratorio suizo, se empezaron ciertas experiencias a fin de examinar la savia de las plantas agrupadas de acuerdo con su precipitación, es decir, en

su forma cristalina. Se llegó a la conclusión definitiva de que, tal como lo suponían los antiguos iniciados, existe relación entre las plantas y los astros.

Desde hace muchos años, la ciencia debate las conjeturas de Swante Arrhenius, en su Manual de Física Cósmica, sobre si las relaciones de los planetas con nuestra flora son absolutamente demostrables. Yo mismo, siguiendo las indicaciones de Pfeifer y del Kolisko, hice anillos de alambre y experimentos durante los eclipses de sol y de luna, con preparados metálicos y jugos vegetales. Tuve la prueba de que todo lo que los labradores tienen por evidente y los silvicultores por incontestado, es un hecho; y especialmente esto: en cada cambio de la faz lunar, la savia de las plantas sube y cae y se agrupa diferentemente, según la constelación.

Los constructores de la Edad Media, conocedores de este fenómeno, empleaban madera de árboles que habían sido derribados conforme a esa ley; esas maderas están aún hoy día intactas, al paso que nuestras construcciones modernas, apenas unas décadas después, empiezan a carcomerse y a podrirse, para ir a la ruina.

Cuando quemamos una planta y analizamos sus cenizas, encontramos sales y elemen-

tos metálicos, que varían según la especie. El análisis espectral prueba, que tales substancias brotan como emanaciones de los cuerpos celestes. Y como los afines se atraen, tenemos en el espacio un encuentro de esas substancias que por un lado emanan de las plantas y por otro de los astros, lo que forma, en el espacio, las substancias coloidales estudiadas por los químicos.

Con la respiración, esas substancias penetran a nuestro cuerpo y se combinan ahí con elementos análogos fabricados en nuestras glándulas.

La elaboración fisiológica química en el interior de nuestro misterioso organismo, tiene, en el núcleo de las células, elementos sutilísimos, tal como gases, que animan todo el proceso. En las plantas, aún cuando en otras condiciones, se realizan los mismos fenómenos; y si ayudamos el ritmo de la elaboración natural con la introducción de elementos gaseiformes y con esencias, en este caso nada más sano, podemos animar el proceso íntimo.

Pero, estamos envidiados a tomar nuestros remedios por la boca y el estómago. Sólo en los últimos años se ha preferido introducir directamente al organismo los extractos vegetales y productos minerales, por medio de inyecciones. Quieren vivificar, pero se olvi-

dan que ya en la Biblia Dios infundió al hombre el hálito vital por la nariz. Sólo en la narcosis (cloroformización), hacen ellos la inspiración del medicamento, pero sin pensar en ampliar esa experiencia. Y precisamente es en este estado gaseiforme cómo podrán influir en nuestras glándulas.

El Médico Dr. Allendy, dice, con toda justicia, que Hahnemann, con sus adelantadas sutilizaciones de sustancias medicinales, activaba siempre más el dinamismo y habría, sin duda, usado de diluciones todavía más perfectas si hubiese dispuesto entonces de la técnica de hoy. Por cierto que toda ciencia es hija de su época.

No podemos negar que, con la tendencia surgida después de la guerra de 1870-71, atravesamos una onda materialista y ahora, en las proximidades de una era saturniana y después de la acción de un Rudolf Steiner, la medicina práctica vuelve a lo que debe ser, un tratamiento psíquico, en el que el médico vuelve a encontrar la comprensión de las sustancias sutiles de la naturaleza.

CAPITULO UNDECIMO

La secreción interna y la percepción olfativa.

Todo el mundo sabe hoy que las glándulas de secreción interna influyen en el crecimiento y desarrollo, en la formación y deformación, en la salud y enfermedades de nuestro cuerpo. Apenas se descubrió ese misterio de las glándulas cuando ya entró la terapéutica materialista y se hicieron preparados gruesos de glándulas animales para recetar a los pacientes. Y, efectivamente, algunos tuvieron una maravillosa actuación. Recordemos la "tyroidina", producto de la glándula tiroide; la "adrenalina", de las cápsulas suprarrenales; la "pituitrina" de la glándula pineal, y la "insulina", tan empleada en la diabetes.

Así como ya lo manifesté, la química moderna extrajo esas sustancias y el éxito fué atronante. Perdura el eterno error de nuestra creencia en la alta potencia de los prepa-

rados materiales, en vez de prepararlos y administrarlos en forma de gas.

Lo interesante fué que se probó un abono de plantas con hormoides sexuales femeninos y con ellos se obtuvo un crecimiento estupendo de las plantas. Según eso, todas las hormonas sexuales provienen de las plantas y los de los animales poseen un olor especial. También se sabe hoy que todo olor vegetal tiene relación con la sexualidad. ¿Quién no conoce la influencia de la valeriana en los gatos? Esa atracción sexual con base química, se llama "quimotaxia".

Las porciones que en la "quimotaxia" actúan como substancias químicas son increíblemente mínimas. Bruno Wille dice, en un artículo "Fisiología estimulante de Eros", que no solamente las atracciones sexuales sino también las sociales, entre los individuos de una especie que vive en sociedad, se roza ligeramente con la "quimotaxia" y tiene así raíz con el erotismo propio de cada caso.

Wasmann recalca repetidas veces el importante papel que desempeña en las investigaciones sobre las hormigas, el olor del nido (hormiguero), tanto que, por ejemplo, al transportar hormigas a sus huéspedes de una casa a otra, se exige una cuarentena, por algunos días, de los insectos que se va a transportar,

pues de otro modo, el olor extraño suscita un tratamiento hostil al nuevo huésped. Además, Wassmann probó que el apego de las hormigas a ciertos escarabajos proviene de la "quimotaxia"; pues las hormigas se deleitan igualmente con una esencia segregada por aquellos coleópteros.

De este modo, cualquiera puede presentarse a un hormiguero y devastarlo, matando con un determinado olor, y por el contrario, con otro olor podría vitalizarlo.

Idénticas propiedades deben tener los micro-organismos, los bacilos, por ejemplo; y está probado que ciertos vapores tienen acción bactericida.

En las inhalaciones, usamos sustancias fragantes, sólidas. Todos los médicos emplean preparados para ese fin; y sin embargo, casi no se reconocía el valor real de ese sistema.

Los médicos ya han empleado alguna de las clases de vapores. Por ejemplo, al final de la menopausia cesación de la menstruación en la edad crítica, en que muchas mujeres sufren de hemorragias y que cesa con vapores de manzanilla.

Con extracto de apio se acelera la menstruación tardía. Existe una gran variedad de preparados de "apiol" que se recetan en ex-

tractos y píldoras. Entretanto, la experiencia muestra que la aspiración de esos preparados actúa particularmente en las perturbaciones menstruales.

¿Cómo puede explicarse esa influencia? Con el descubrimiento de la plasmogenia, se sabe que el tejido celular tiene en cada organismo una forma celular característica. Lakhovsky, investigador francés, prueba en sus estudios que conforme sea la especie y forma de las células, emiten emanaciones ondulatorias. Sería posible que toda la patología pudiera obtener nuevas luces con la teoría emanada de Lakhovsky.

Hace algunas décadas, el investigador ruso Gurwitsch, descubrió los rayos llamados metagenéticos o de crecimiento.

Esos rayos pueden activar la división celular en los seres que están situados cerca. El médico Wassiljew y el Dr. Frank sacaron cuidadosamente el nervio olfativo de un pez y lo colocaron cerca de un cultivo de levadura. Descubrieron entonces que hasta ese nervio, preparado, emitía rayos y en 20 minutos el número de las células alcanzaba al doble. Las contrapruebas confirmaron que en las proximidades no había ningún otro emisor, sino únicamente ese nervio como fuente de tales rayos misteriosos. Posteriormente, búsquedas

del mencionado sabio revelan definitivamente la existencia de esos rayos nerviosos y además, que ellos, con una pequeña excitación, provocan extraordinarios cambios en nuestro sistema nervioso fluido, es decir, en nuestras glándulas internas.

Y aún más, cuando los nervios son excesivamente sensibles, esa sensibilidad es mucho mayor en las glándulas internas bastando una pequeñísima porción coloidal para obtener una acción estupenda.

No podemos dejar de mencionar, al hablar de los perfumes y su acción, una noción de los tiempos más recientes referente a la cuestión de la varilla mágica. La sensación del olor no es otra cosa que la percepción de rayos y ondas por antenas existentes en cierta zona de nuestra pituitaria, las que se afinan por una completa "octava" de frecuencia ondulatoria, conocida en radiología. Una experiencia con rayos terrestres nos demuestra la consecuencia que se puede sacar de esto para una terapéutica radiológica.

Por más discutido que pueda ser este capítulo y sobre todo la cuestión del más o menos engañoso "aparato de desradiación", nadie puede negar que en ciertas zonas, arriba o abajo de la tierra, existen "fajas excitantes", productoras de enfermedades o agravadoras

de síntomas. En tales radios nadie puede dormir y en numerosísimos casos de insomnio, la vara mágica ha indicado que la cama del paciente se hallaba dentro de un radio excitante.

La sensibilidad de muchas personas en tales zonas de rayos perjudiciales terrestres, llega al punto de acarrearles completa neurastenia que les ocasiona, a veces, la muerte, si no se retira a tiempo el lecho de la zona excitante.

No parece del todo comprobado, pero sí probable, que existan "casas cancerantes", es decir, habitaciones que, por virtud de fuertes zonas de rayos terrestres, predisponen al cáncer (cáncer).

Como ya se ha dicho, esos radios excitantes se revelan al observador por la reacción de la vara mágica. Mójese, por ejemplo, una toalla en cierta solución ácida, cúbrase con ella una parte de la zona excitante y cesará al momento toda especie de tope de la varilla y eso durará exactamente mientras se perciba el más leve olor del ácido.

Vemos aquí cómo un verdadero flagelo de la humanidad que ha de irse conociendo poco a poco, es combatible con éxito, por una simple acción del olor. El autor está pronto, en los casos de bien comprobada existencia de

tales zonas malhechoras que se suponga causa de una enfermedad, a acudir con sus consejos, siempre que le proporcionen un cuadro nosológico integral.

El físico Judt prueba que la finura de nuestros órganos tiene relación con el problema de la raza. De su libro "Depuración de la raza" extraigo lo siguiente: "Se sabe que los llamados pueblos primitivos (¿por qué "primitivos"?), es decir los troncos que quedan de indios puros y negros están dotados de órganos sensitivos agudísimos. Logran ver, a simple vista, más lejos y con más precisión, que nosotros con anteojos; su oído y olfato son, igualmente, muy desarrollados. Hace algunos años que en países tropicales pude hacer, por lo demás casualmente, una observación del más alto interés. Un sabio europeo residente en el Asia me mostró orgulloso su laboratorio físico, especialmente sus instrumentos de procedencia alemana, haciendo elogios lisonjeros a la habilidad de mis patricios. Entre los instrumentos había aparatos Zeiss, para análisis espectral; y para complacerme, nuestro profesor me mostró el espectro solar proyectado en un papel, protegido, con un dibujo blanco. Satisfaciendo un deseo espontáneamente surgido, pedí al sabio que me marcara a lápiz las zonas espectrales. Comprobé

ere estaban exactísimas las zonas de fajas coloridas vistas por mí. El ayudante de mi anfitrión, eurásico, euro-indú, mestizo, intervino y dijo admirado: "Pero, señores, debe haber un error" y marcó, a su vez, la zona espectral, mucho más adentro que nuestras marcas. Ese mestizo fino, de 50 por 50 (fifty to fifty), que yo podría considerar fina sangre, vió así un espectro menor que el que mi anfitrión y yo habíamos visto. Para completar ese cuadro desconcertante mandé llamar a un muchacho, de purísima sangre, de la bella raza malaya, le puse un lápiz en la mano y lo hice marcar la zona espectral que él viera. El señaló una zona espectral muchísimo mayor que la que habíamos visto mi amigo europeo y yo".

Hasta aquí Judt. Su librito, altamente interesante y digno de leerse, hace, fuera de esta, una serie de averiguaciones interesantes, relativas a nuestro problema. Verifica, entre otras, que un individuo de pura sangre, aún cuando pertenezca a una raza inferior, oye 8 octavas completas, del "sol" con dos líneas (frecuencia 96.825) al "sol" con 5 líneas (frecuencia 24. 787.209), en tanto que la media de los europeos mestizos alcanza muchísimo menos de la zona auditiva grave y sobre todo de la alta que los pura-sangre.

La vista del pura-sangre es más aguda y extensa que la nuestra; su paladar, los pone en guardia más positiva y cautelosa contra las substancias venenosas y evita, como algo insoportable, el mal olor de las exhalaciones de los fuertemente mestizos, exhalaciones que casi nada o bien poco nos incomodan; en suma, los pura-sangre, disponen de sentidos mucho más finos que los mestizos.

Entretanto, nuestro olfato es tan sensible que puede percibir, por ejemplo, 0 gr., 0000005 de almizcle artificial. Un millonésimo de gramo sería 0 gr., 000001. La raíz del almizcle proviene de una planta llamada "sambul", originaria de la India Oriental. Se da también en Rusia y quizás si cultivándola sería posible traerla más acá.

Un perfumista francés de nombre Piesse, consiguió hacer un paralelo entre el olfato y los órganos del gusto y audición.

En música, conocemos armonías y disonancias, hay tonos que a unos agradan y a otros nó. Lo mismo sucede con los perfumes, que se pueden combinar según el sistema de Piesse.

CAPITULO DUODECIMO

Astro-patología y terapéutica

Ya sabemos que también los planetas se combinan con tonos. Indicamos que ciertas plantas pertenecen a ciertos planetas. Lo mismo sucede con los metales. El oro pertenece al sol; la plata a la luna; el fierro a Marte; el mercurio a Mercurio; el estaño a Júpiter; el cobre a Venus; el plomo a Saturno.

Por otro lado, la química coloidal prueba que esos metales se encuentran en siete plantas: Mercurio en los tilos; Venus, en el abedul; el Sol en la haya; Marte en el roble; Júpiter en el álamo, Saturno en el pino silvestre; la Luna en el cerezo.

Sólo en los último años se ha venido a constatar que el abedul contiene una determinada cantidad de ácido sílico. Los planetas, por su parte, corresponden a los símbolos del zodiaco, de modo que en la primavera, Marte el planeta dominante del signo de Aries, in-

fluye en todas las jaquecas, todas las enfermedades infecciosas, fiebre, roseola, y dolores de muelas. Le están subordinadas, plantas como la cebolla, el cáñamo y el ajo. Viene en seguida Venus, el 21 de abril con el signo de Tauro. Le están sujetas las enfermedades del piecuzo, furúnculos, catarros; ronqueras. Las plantas correspondientes son el sauco, la margarita, el lino y el musgo. Viene después Mercurio, con Géminis, el 21 de mayo. De él dependen los pulmones, los bronquios, las inflamaciones de las costillas falsas, las heridas de los hombros y los brazos. Las plantas son la aquilea y el laurel. La Luna, que comienza el 21 de junio, como planeta dominante de Cáncer, influye en las enfermedades del estómago, embarazos intestinales, la asimilación y desasimilación, en el cáncer, etc. Las plantas a ella subordinadas son las acuáticas y crucíferas. Le sigue el Sol, en Leo, desde el 22 de julio y en él sentimos la influencia de las enfermedades cardíacas, de la circulación de la sangre, dolores a las espaldas y además fiebres, etc. Del 23 de agosto hasta el 22 de septiembre, el Sol pasa por Virgo y Mercurio es el planeta dominante. La constelación de Virgo tiene, bajo el aspecto astrológico, relación con el hígado, los intestinos, las asimilaciones y desasimilaciones, las flatulencias; también los

calambres están bajo ese signo. Sigue entonces Libra y con ella Venus como planeta dominante, desde el 23 de septiembre. Enfermedades del bazo, hígado y riñón, están sujetos a Libra. Si en el signo anterior es el manzano el que actúa eficazmente, en el de Leo el roble y el sauco, en el de Libra tenemos las rosas, las violetas y las fresas. El signo que sigue es Escorpión, desde el 21 de octubre, con el planeta Marte, y bajo él están las enfermedades genitales, cuyas plantas son el arce y el tojo. Sagitario, que es el que viene enseguida, desde el 21 de noviembre, tiene a Júpiter por planeta y si bajo el signo anterior se caían los desarreglos intestinales y menstruales, bajo Sagitario anotamos la ciática y enfermedades de los músculos, la gota y todas las perturbaciones nerviosas. En Capricornio, desde el 21 de diciembre, reina Saturno y en él se registran todas las parálisis, enfermedades de las rodillas y reumatismos. En el signo anterior teníamos la palmera y la begonia y ahora el pino y la yedra. La constelación que sigue es la de Acuario que se aplica a Urano, y también a Saturno y comienza el 19 de enero, Los bronquios, calambres, dolencias de las piernas, várices caen bajo Acuario. Para terminar el año solar, falta Piscis, que entra en

20 de febrero, dominado por Neptuno y Júpiter; todos los abscesos, enfermedades de la sangre y de los pies: las plantas son el olmo y los helechos.

Para cada signo nos limitamos a citar como ejemplo, solamente algunas plantas. Sin embargo, hay todavía bajo cada signo un número de otras plantas, árboles, hierbas, flores, etc. Los autores no han dado todavía su opinión uniforme respecto a cada planta, es decir, sobre su dependencia a signos y planetas, sin embargo, hay algunas para las que no cabe duda alguna. El lector encontrará en el apéndice de este libro una relación más amplia de lo dicho.

Supongamos ahora que el astrólogo indaga con el paciente cuál es el signo del Zodiaco o planeta que influye favorablemente en él; buscaremos luego las plantas y perfumes que les correspondan y veremos si, conforme a los sistemas de Piesse, existen acordes armónicos; tendremos entonces el perfume-remedio. Con tal esencia empezaremos el tratamiento de la enfermedad. Tenemos así, en conjunto, una astro-patología y una astro-terapéutica.

Si uniformamos entonces en una síntesis, los perfumes de las plantas, solo mencionadas

en parte naturalmente, con otras esencias, habremos logrado obtener un perfume que encierre un remedio maravilloso:

CAPITULO DECIMO TERCERO

Estados de sueño y ensueño

Volvamos, una vez más, a la fuerza natural o curativa inherente al cuerpo. Sabemos que los corpúsculos blancos de la sangre, los fagocitos, marchan como un ejército para aniquilar otro ejército invasor. Son, por decirlo así, una policía o ejército defensor del organismo. Hecho éste que ocurre sin nuestra voluntad ya que no podemos influir en él, a nuestro antojo, sino al contrario.

Si seguimos la marcha del pensamiento del médico Dr. Schwab, amigo mío, tendremos como exponente de esa fuerza inherente en nosotros el cerebro y el plexo nervioso simpático. Este último es un sistema especial extendido por todo el cuerpo, que desempeña todas aquellas funciones que no son adictas a nuestra voluntad, como son las de sonrojarnos, empalidecer, crispase el cabello y otras funcio-

nes corporales, que se ejercen automáticamente y que no podemos cambiar a voluntad, como el movimiento cardíaco y los peristálticos. Luego interviene ese mismo sistema en la actividad de las llamadas secreciones internas. De ciertas glándulas, de la cabeza, cuello, de las entrañas, fluyen secreciones que regulan el crecimiento del cuerpo.

No se puede dentro de los límites de este libro que se quiere mantener popular, hablar con mayores pormenores del subconsciente. Nos contentaremos con algunas indicaciones. Cuando en una reunión de varias personas, vemos que alguien bosteza, no podemos reprimir también un bostezo; nos contagiamos fácilmente. Nadie nos dice: "Bosteza tú también"; pero, involuntariamente, el bostezo ajeno actúa no en nuestro consciente atento, sino en nuestro subconsciente. En ese subconsciente duermen energías insospechadas. Se cuenta de sacerdotes tibetanos que sin comer ni beber y manteniéndose en una cierta subconsciencia, ellos pueden efectuar marchas extraordinarias sin sentir la menor fatiga. Y aún cuando esas marchas sean de más de 8 días, no experimentan la menor baja de peso. Los tibetanos que conocen ese estado y saben que es una especie de sueño, no despiertan jamás a dichas personas, al contrario, las dejan se-

guir tranquilamente. Apenas alguien los habla, recuerdan y pierden esa capacidad. Ciertas castas de la India dicen que esos sonámbulos son sostenidos por seres para nosotros invisibles.

Los salvajes tienen, además, la facultad de la clarovidencia que nosotros vamos perdiendo con la tecnificación y la supercivilización. En este relato debo hacer mención que en ciertas regiones de la Frisia Oriental y de la Dithmarschschleswig - holsteiniana, de entre tres personas, una es "spokenkieker", es decir, clarovidente, que tiene una segunda visión. Es sabido que en esas regiones alemanas, la población es de pura raza en una proporción notable. En los países acentuadamente mestizados, falta completamente el don de la clarovidencia. Ciertas sustancias pueden influir en ese estado.

La gran desgracia de los pueblos latinoamericanos es el alcoholismo y todos los médicos tienen ocasión de ver diariamente casos de *delirium tremens*. Es entonces cuando los alcohólicos ven ratones imaginarios y quieren acometerlos contra ellos. Bien pudiera ser otra cosa, gorriones, perros, etc, pero nó, siempre han de ser ratones. Los indios dan la explicación siguiente: esos ratones, invisibles a nuestros ojos físicos, se ponen siempre cerca

de los enfermos para alimentarse de sus emanaciones, irradiaciones y olor. También nos dicen que otros animales son adictos a los morfínómanos, a los cocainómanos, etc., y parece que cada veneno embriagador tiene un correspondiente ser astral elemental, que excita al hombre a ese placer, a fin de poder saciar su avidez en las emanaciones de él.

Entretanto, los indios también dicen que en los altos planos no sólo hay seres malos, sino también buenos. Los malos enseñan cosas bajas, satánicas, incuban emanaciones féridas; los superiores, divinos, angélicos, quieren perfumes. Si hacemos nuestro ese modo de ver, comprendemos cuánto tenemos en nuestras manos para acercarnos a genios divinos o diabólicos, con darles simplemente, a unos u otros, su elemento vital, ya sea un olor agradable o un mal olor. Pero, ha de emplearse para cada cual sólo el que le es adecuado.

En el interior del Brasil hay ciertos hechiceros que, por medio de una bebida secreta, producen una especie de sueño o somnolencia, obligando a las personas que caen en ese estado a trabajar para el hechicero, explotando así a esas pobres gentes. Se conocen los estudios psicoanalíticos del ya citado Prof. Freud, en los que se prueba cuán estapendas energías se almacenan en el subconsciente. Son

fuerzas que pueden despertarse para el proceso curativo.

A los curanderos del golfo de Darien se les llama "palioquina", y el folklorista Garay, en sus "Tradiciones y cantares de Panamá", describe cómo los **chamanes**, durante las aplicaciones de esencias, entonan cánticos mántrámicos mientras el paciente queda envuelto en una nube de vapores.

El médico Rosacruz Dr. Maack, de Hamburgo, fallecido no ha mucho, nos describe en un interesante libro titulado "El segundo cerebro", un segundo organismo completo dentro de nuestro cuerpo físico y que consiste de una sutil materia oculta. Habla del pensamiento como sustancia, de materia vital y espiritual, una especie de fuerzas creadoras activas que actúan durante el sueño y que aumentan la energía que reside en nosotros. El relaciona esas fuerzas con la fuerza curativa y con nuestro subconsciente.

Presintiendo lo que más tarde diría Paracelso, — "Presta la mayor atención a la preparación, tiempo, hora, propiedad de todo cuanto se relaciona con eso", — los antiguos sacerdotes-médicos aztecas mandaban a sus pacientes que oliesen determinadas plantas y mediante el "peyotl" conseguían cierta somnolencia para curar a sus enfermos. Además,

para apurar la curación les mantenían sobre las narices otras flores odoríferas.

De los misterios egipcios y griegos conocemos el del sueño en el templo, en el que el neófito quedaba sin conocimiento y sin darse cuenta, en profundo sueño; salía de él iluminado y clarovidente. El mismo proceso encontramos en los toltecas mexicanos.

A este respecto, recuerdo algo de cuando éramos estudiantes. Si una tarea diaria era muy difícil de aprenderla, poníamos durante la noche el libro debajo de la almohada y, caso extraño, al día siguiente contestábamos admirablemente a todas las preguntas.

Ciertamente puede haber en ello algo de superstición. Pero, en todo caso, es un hecho que, durante la noche y mientras dormimos, nuestras almas siguen ocupándose de lo que nos preocupó durante el día. Esa comprensión nos llevó, años atrás, a las experiencias que hacemos hoy. Trataba de tender un puente entre la conciencia del día y el subconsciente del sueño; y este puente lo hallé en los perfumes y esencias.

De acuerdo con el sistema de Coué hice que mis pacientes repitieran durante el día ciertas frases y mientras lo hacían automáticamente, les hacía oler determinados perfumes. Durante la noche, penetraba a la sala

del hospital y me aproximaba al enfermo dormido; si se trataba de una persona habituada a hablar durante el sueño, con sólo pasarle un lienzo perfumado por las narices, comenzaba inmediatamente a decir: "Progresas mi curación; estoy mejorando día a día; voy a quedar completamente sano". Eran las mismas frases que le había hecho repetir durante el día antes de oler el perfume. Al otro día, la persona estaba realmente mejor; el sistema curativo había actuado durante el sueño.

Sabemos cuánto aumenta durante el sueño la fuerza imaginativa. Basta la más leve ráfaga, para imaginarnos que estamos en el océano ártico. El menor golpe nos parece un tiro de cañón.

Trátase, en suma, de despertar el descao a las voliciones del día e incitarlos a la realización en el sueño mediante la aspiración de perfumes estimulantes.

Desgraciadamente no guardé la crónica de los muchos pacientes que traté de ese modo en el hospital Victoris, en la capital del estado de Taumalipas, del que entonces era director. Pero fué allí donde puse la piedra fundamental de este libro.

Siguiendo la costumbre médica podría presentar aquí toda una serie de casos clínicos, pero ello sólo vendría a aumentar el volumen de este libro.

CAPITULO DECIMO CUARTO

El impulso dinámico

En los comienzos de este nuevo sistema, el de curaciones por medio de perfumes, nadie con más legítima paternidad que el profesor Dr. Gustavo Jaeger, conocido desde hace medio siglo con el nombre de Woll-Jaeger, por sus camisas "Jaegerhemden", y después por su libro "El descubrimiento del alma", recibiendo el nombre de "Seelen-Jaeger" (cazador de almas). Sus teorías sobre los defumatorios y esencias son las mismas que exponemos aquí. Jaeger y su célebre hermano, el "Turnjaeger", tienen mucho de común con los hermanos Alejandro y Guillermo von Humboldt, y como ellos, son verdaderos genios. El Prof. Jaeger conocía, como pocos, a los Rosacruces y la literatura alquimista, de la que encontró el impulso para aclarar sus propias teorías.

El arte de la química, dice Crollius, consiste en separar de la droga el veneno y el bál-

samo curativo para que los medicamentos se vuelvan inofensivos al cuerpo humano.

Arnaldo de Vilanova encontró cierta semejanza entre el hombre y la planta y ese algo lo llamó "spiritus", espíritu. En el hombre, decía él, obra ese espíritu como un arqueo o fuerza vital; los Rosacruces la conciben como la quintaesencia, como algo inmaterial, dinámico. Lo consideran como una especie de proto, meta, o hiper-elemento. El gran Rosacruz Flamel lo representaba simbólicamente por una rosa de 5 pétalos, es decir, en los cinco pétalos él hacía figurar junto a los cuatro elementos principales, tierra, agua, fuego y aire, una materia radiante, tal como más tarde la reconocemos en la materia irradiante de William Crookes. Los hindúes la designan por "Akash".

Si con las plantas tenemos de común el impulso dinámico, claro es que nos basta con transferir al hombre el dinamismo vegetal. Eso no se podrá hacer naturalmente con mezclas groseras, sino con la más sutil de todas, el perfume.

En el "Traité pratique d'auscultation et de percussion", de Barth y Roger, se halla una notable disertación sobre la dinamoscopia descubierta el año 1856 por el Dr. Collognes, de París. Introduciendo el dedo meñique en el

oído se siente un ruido extrañísimo, semejante al sonido de un caracol que sentimos murmurar al aplicarlo a nuestro oído.

Lo notable es que ese ruido sólo se perciba introduciendo el dedo en el oído, y que no se consiga nada si se introduce un pedazo de madera o cualquier objeto muerto. Lannec ya hablaba de ese ruido hace cien años y lo llamaba ruido de contracción muscular.

Puede suponerse que tal rumor provenga del oído, pero no es así; es el cuerpo todo que se agita a través del dedo. Collognes tomó un diapasón y construyó un admirable aparato de metal que se introduce en el oído; el paciente debía tocar con el dedo meñique una placa metálica unida al aparato y luego comenzaba el ruido, el que se apagaba apenas faltaba la unión con el cuerpo. Ese aparato se llama dinamoscopio.

Entonces, se midieron las oscilaciones y se comprobó que son exactamente 72 para dar el sonido del "re". Esa nota es igual para el lado derecho como para el izquierdo. Sólo difiere para los paralíticos. Indagando más, se encontró que el sonido cesa y desaparece completamente cuando muere la persona. Así, la altura, la amplitud, el timbre de ese sonido digital corresponde al estado de salud o enfermedad de la persona.

Normalmente, ese sonido alcanza siempre en los niños, jóvenes y adultos dotados de buena salud, a 72 vibraciones por segundo. En los enfermos o fatigados las vibraciones bajan a 36. Estudiando más de cerca las causas, es posible llegar a afirmar un diagnóstico por ese sonido. La diabetes, el reumatismo, las neurasias, etc., pueden ser determinadas por su timbre. En ciertas molestias se encuentra un "la", con 54 vibraciones o un "fa" con 42. Esas vibraciones linfoscópicas dan a conocer especialmente el tenor de nuestra energía curativa de tal modo, que en las personas enfermas, el sonido es más grave y las vibraciones más lentas y cambian con el sistema y la curación. Esa observación que se produce lentamente puede acelerarse instantáneamente por medio de perfumes. Basta, mientras se mantiene el dedo en el oído, con conservar una esencia en la nariz; inmediatamente se percibe el cambio de ruido. Es de observar que ese cambio sólo se produce cuando se acerca a la persona el perfume que le corresponde.

Tenemos así un método que, aunque indirecto, permite determinar cuál es, para cada persona, la esencia que le conviene; esencia que esa persona debe tener siempre a mano en caso de enfermedad.

CAPITULO DECIMO QUINTO

Personas que huelen bien o mal

Hay un dicho antiguo que dice: "Al villano no se le puede sentir el olor". Ese dicho encierra una profunda verdad. Hay personas cuyo olor no podemos soportar, cuyo cochambre nos repugna, cuyo encuentro evitamos. Entretanto, esas personas tienen relaciones, amigos que las quieren, que se sienten atraídos por ellas. Se nos viene a la mente otro proverbio: "Lo que para unos es un buho, para otros es un ruiseñor"; y todavía un tercero: "cuando dos hacen lo mismo, es que no es lo mismo".

En el curso del célebre profesor Encause, de París, al que asistí en el semestre de invierno de 1906, se hizo la siguiente prueba:

En un banco se sentaron 10 personas. Se habían bañado, cambiado ropa limpia, y a no-

sotros, los estudiantes, se nos invitó a oler esas personas. Debíamos anotar en una cédula las observaciones y resultados que nos merecieran. Naturalmente que ya no recuerdo las particularidades del hecho. Pero ello pasó más o menos así: me agradó el olor del número 1, mientras el N° 2 me desagradó. Encontré agradable el olor del N° 4, y que los Nos. 7 y 9 olían mal, a mi parecer. Se compararon después las cédulas y pudo verse que el olor que a unos repugnaba, agradaba a los otros. El número 9 que para mí era insoportable, otro le encontró olor a violetas.

Se hicieron entonces horóscopos, se estudiaron las comparaciones y más tarde pruebas de sangre; con tales experiencias se dejó establecida la posibilidad científica de indicar por el olor las simpatías o antipatías existentes entre las personas. Discípulos de Encause sentaron más tarde que no debíamos entrar en negocios con personas que no huelen bien, pues de ahí provenían pérdidas. Tampoco, como es costumbre en sociedad, dar la mano a otros, sino como hacen los animales, es decir, al conocernos tomarnos el olor. Y aquí nos asalta esta idea: ¿Y el beso? Hay personas a quienes no besaríamos por nada a causa de su mal hálito, mientras arderíamos en deseos por un dulce beso de otros.

Está probado que en ese caso el papel principal no corresponde a la fina sensibilidad de los labios sino al olfato. En la Biblia hay casos en que un hombre se echa a la cama junto a otro para curarlo por influjos magnéticos. ¡Así también, cuántas veces no sucede que un beso materno, ardiente, de amor profundo, salva la vida del hijo! La química moderna debe encontrar todavía muchas esencias magníficas. Para mi olfato nada hay más delicioso que los efluvios de una criaturita; huelen a vida, a arretrato, a amor inocente. También las razas están separadas o ligadas entre sí por el bueno o mal olor. Con la fina indagación racial de hoy, el olor para nosotros extraño de otras razas, constituye un importante momento psicológico. Para nosotros, blancos, no hay nada más horripilante que el olor de una negra, y sólo quien vive en el sur de los Estados Unidos puede comprender el justificado proceder norteamericano, que reserva compartimentos especiales para los negros y otros separados para los blancos.

En las cabañas de los indios incas, sentí también un olor que se me quedó pegado por mucho tiempo. Es algo diferente al de los indios mexicanos. En ambos casos el olor queda largo tiempo adherido.

Es cierto que podemos apartarnos de una persona que huele mal. Pero existen casos en que dependemos de nuestros semejantes. Para eso está indicado el uso de un perfume especial que convenga a nuestra persona como una verdadera necesidad.

Quién está en la vida debiera imponerse como necesidad indispensable el hacer preparar el perfume propio, individual, que le conviene, así como lo hace para adquirir sus vestidos o sus zapatos. Para muchos sería el camino del éxito, el acercamiento a la meta que buscan.

Los niños, todavía no alejados de la naturaleza ni embotados por el goce de la carne y del alcohol, como nosotros los adultos, involuntariamente contaminados, estiran sus bracitos hacia las personas que huelen bien, mientras de las otras apartan la cabeza y lloran.

Es sabido que las personas que ocupan su vida en trabajos espirituales o cerebrales y que en su alimentación prescinden de todo condimento fuerte, no emiten ningún mal olor después de muertos.

Este hecho se lo ve comprobado en la frecuente mención que se hace del caso de los santos que después de muertos despedían un olor agradable aún siglos después cuando sus restos eran transportados a otras sepulturas.

CAPITULO DECIMO SEXTO

Trigémino y método Asuero

Nuestro grande aunque desgraciadamente poco apreciado sabio Dr. Eltess, profesor de la Universidad de Berlín, fundador de la teoría de la periodicidad del proceso vital, fué quien últimamente en su obra sobre la neurosis nasal refleja, y después en sus libros sobre las relaciones entre la nariz y los órganos sexuales femeninos, dió el primer indicio para el asunto de que aquí tratamos. Vino después Bonnier, en Francia, que nos indicó la controterapia y fué causa del extraordinario éxito obtenido más tarde por el médico español Dr. Asuero con su reflejo-terapia. ¿Qué era eso, en realidad? Se presentó un día a Asuero una enferma de várices muy avanzada. Sufría también de la nariz y se hacía necesaria la ablación de un pólipo. Al operarla, Asuero inició con

el instrumento el trigémino, nervio óptico conocido y admirado comprobó, al día siguiente, que las várices habían desaparecido de la pierna. ¡“Eureka”!, se dijo, debe haber aquí alguna relación, y desde entonces introdujo un estilete candente en la nariz de cada enfermo. San Sebastián, el puerto español donde Asuero tenía su consultorio, se tornó en poco tiempo en una Meca de todos los paralíticos, ciegos y sordos de España, que acudían a ser “asueroizados” por el médico cuya ciencia se había difundido ampliamente. Me encontraba dando una serie de conferencias en la América del Sur, cuando los diarios empezaron a hablar de las curaciones maravillosas del Dr. Asuero.

Contagiados por la eterna sugestión, todos los médicos comenzaron a ensayar y a emplear el método Asuero. No hubo paciente que no fuera recibido en las ambulancias por el médico espéculo en mano y con la lámpara de alcohol lista para calentar el estilete. El Alcalde Mayor de una gran ciudad argentina, médico también, me pidió que hiciese la primera de tales operaciones en el hospital de esa ciudad. Una mujer parálitica que padecía desde hacía 10 años, fué la primera que recibiría de mí la espátula candente dentro de la nariz. Yo no podía negarme a mi amigo y pro-

tector, sin embargo, me retiré escéptico del hospital. A la mañana siguiente tocan al teléfono pidiéndome con urgencia que fuera al hospital. ¡Bonita cosa!, pensé yo; anoche quemaste la nariz a esa pobre mujer y ahora tienes que ver cómo salir del embrollo. En expectativa de lo que iba a encontrar arranqué en mi auto. Apenas había llegado a la puerta del hospital cuando se me adelanta la pobre ex-paralítica a agradecerme. Estaba radicalmente sana.

Ese y otros prodigios iguales se registran por doquier. Siguió una verdadera asueromanía. Como cada cual quería ofrecer algo diferente se encontró la variante más inimaginable del sistema. En el interior de Bolivia encontré un curandero que no usaba la espátula ardiendo sino que se servía de una especie de palito; como substancia cáustica empleaba esencias olorosas. Con el tiempo el palito quedaba inmundo; por broma le dije que era más fácil mantener el frasco bajo las ventanillas de la nariz del paciente. Y el resultado fué el mismo.

Me acordé entonces de los estudios de Fliess y comprobé que la nariz no tiene relación solo con los órganos sexuales sino que está relacionada con todo el cuerpo.

Entusiasmado proseguí en el asunto; preparé yo mismo extractos vegetales como antes lo hiciera tantas veces. Tenía un nuevo indicio de que la cosa era cierta y pude acumular experiencias admirables, hoy de gran utilidad para mí.

Sabemos lo impopular que es hoy creer en radiaciones y más todavía ocuparse de astrología aún como estudio histórico-cultural. Esa oposición sistemática, sobre todo de geólogos y otros naturalistas, tiene excepciones y quiero, para terminar, reproducir una información de Bruno Noah, en una revista de Berlín. Dice textualmente: "Su Excelencia el Rector de la Universidad de Halle, el Sr. prof. Dr. Habne, dice, en su discurso del 2-2-1934: "Tengo el suficiente valor de declararme públicamente partidario de la astrología y que ya es tiempo de reconocer a la astrología como una ciencia. Lamento no haberme preocupado antes de la astrología".

Vemos así que ocupándonos de tales cosas nos encontramos en buena compañía.

CAPITULO DECIMO SEPTIMO

Sutilísima influencia de los olores en el organismo.

Hay un sinnúmero de inhalaciones anestésicas y entre ellas tenemos calmantes, alucinantes, embriagadores y narcóticos. No se puede avaluar cuánto ha progresado la miseria de los sufrimientos humanos con el uso de las drogas heroicas. En Berlín, como en todas las grandes ciudades, existen seres criminales que venden a los infelices enfermos alcanfor, cocaína y otras drogas para aspirar, con las que obtienen cierta embriaguez. Ultimamente ha habido hasta personas que aspiran vapores de bencina. Todo esto tiene consecuencias nefastas, miserables. Pero, en la naturaleza encuéntrase siempre los polos opuestos, expresiones en contrario. Hay también sustancias que jamás crean hábito, que no acarrecan des-

gracias sino que, por el contrario, bienestar, y estas son los perfumes y las esencias. En vez de alucinantes, embriagadores o hipnóticos son estimulantes, es decir, excitantes en el mejor de los sentidos. Nuestra nariz es tan sensible y tan fina receptora nuestra masa cerebral, que Ogr, 0005 de sal de "escapolamin" ya los excitan.

En nuestro cerebro tenemos fibras finísimas que no pueden desarrollar su actividad porque, dados nuestros hábitos de vida se crean ciertas grasas adicionales que se lo impiden. Está probado que los perfumes actúan disolviendo la materia grasa del cerebro, como lo demostró el Prof. Lewin, en su obra *recycladora*.

Esos estimulantes operan en el cortical del cerebro pero sin producir, como los narcóticos, síntomas de fatiga, activan la acción del cerebro y dirigen las fuerzas internas para la cura.

El estómago es sin duda el caldero de nuestra máquina. Este sólo puede estar apto para actuar cuando se vé fortalecido por un olor apetitoso. Nadie puede tomar con gusto su alimento si le encuentra mal olor. Toda esencia es remedio y si la ciencia no es todavía capaz de explicar cómo y por qué sucede esto,

aquí tienen a mano los hechos de la benéfica influencia de las substancias perfumantes.

El mundo, con todo cuanto en él vive y se mueve, es un pensamiento de Dios que continúa siempre, eternamente; ese pensamiento de Dios se refleja en nuestros pensamientos, los cuales son consecuencias de las sensaciones. El mundo existe porque lo percibimos y pensamos en él. Pensemos en que si los hombres no viesen ni pensasen más, el mundo se acabaría para nosotros. La expresión del pensamiento es la palabra, el Verbo, el Logos, que todo lo crió, como dice el Evangelio de San Juan.

El pensamiento es el creador en el gran TODO. Si pudiésemos ver las irradiaciones del pensamiento, nos convenceríamos que la belleza de las flores, sus espléndidos colores, son resultado de nuestros buenos o malos pensamientos; que lo amargo de las plantas, el veneno del escorpión o de la culebra sólo existen porque diariamente con nuestros malos pensamientos los volvemos a crear.

Simbólicamente, nada feo ni nada venenoso había en el Paraíso, porque los hombres todavía estaban impregnados del principio bueno y divino. Vino entonces la serpiente y suscitó el principio del mal. Los malos instintos y los hombres fueron expulsados del paraíso.

so; pero el bien no puede aniquilarse nunca aún cuando mantenga contra el mal perpetua lucha; así nacieron los buenos pensamientos y producen, aun hoy día, el néctar de las plantas. El perfume de las flores es la traducción de un pensamiento de amor. Es pues también tarea del médico procurar la cura del alma, ya que todas las dolencias son consecuencia de nuestros malos pensamientos, resultados de nuestro miedo y nuestra duda. El mayor enemigo de la humanidad es la duda y también el pesimismo, que aumentan toda aflicción, vergüenza, enfermedad y miseria. Sólo un optimismo continuo puede salvarnos.

Cuando estamos aniquilados bajo la impresión de preocupaciones diarias, lo que nos calma es la vista de una obra de arte o bien el escuchar una suave y alegre música. Pero, en tales casos, nada actúa en nosotros en forma más benéfica que el emplear a tiempo el perfume adecuado.

El mal olor nos pone recelosos y pesimistas. El perfume, en cambio, nos infunde nuevo coraje, influye en nosotros vitalizándonos.

El Dr. Walter Krüsch de Stralsund fundó una nueva teoría sobre los órganos de los sentidos, que abre nuevos horizontes a la moderna fisiología sensorial. Mucho se habla ahora del sexto sentido y encuentran que se le ha de

buscar en la cuarta dimensión. Entretanto vemos, según Krisch, un gran avance, pues éste ya llegó al décimo quinto sentido. Sobre esto dice, textualmente, el informante: "Hasta ahora se creía en ciertas sustancias gaseosas que junto con el aire penetran a la nariz excitando nuestras células olfatorias. Según esa concepción solo oleríamos una sustancia cuando gran número de sus moléculas, en la llamada "Nube de perfumes", toca nuestra pituitaria".

Pero, últimamente, interesantes observaciones rebaten toda esa teoría. Es de observar, por ejemplo, dice el Dr. W. Heinze que una mariposa, la geometrina de la encina, percibe una sustancia en esa dilución que, en verdad, ninguna de sus moléculas podría tocarle más el cuerpo. Esa geometrina siente, pues, sustancias que no pueden tener ningún contacto con sus órganos sensitivos. De esa y otras consideraciones, el Dr. Krisch concluyó que, el olfato como la vista, el oído y demás sentidos, se efectúan por oscilaciones electrónicas.

Esa teoría del Dr. Krisch apoya los principios terapéuticos por nosotros formulados; pues precisamente queremos activar la valiosa fuerza curativa existente en nuestro ser íntimo.

De muchas cartas de clientes agradecidos de Centro y Sud América, que en vano tentaron otros sistemas para restaurar su salud y recurrieron a mi consejo médico, se destaca un caso que indica claramente el modo de aplicar la *Osmoterapia*. Hace poco que una madre afligida me escribió respecto a una hijita de 8 años de edad, criatura de cuerpo bien formado pero que presentaba síntomas reveladores de una triste vida psíquica. Hacía mas de un año que la chica daba muestras de gran distracción; por la noche, su sueño era agitado y se paseaba mucho por el cuarto, llegándose a pensar que pudiera trastornarse, aunque en el día, no se acordase del desasosiego de la noche. No podía estar lunática, pues los síntomas no tenían ninguna relación con las fases de la luna. En los últimos tiempos se manifestaron, además, síntomas de cleptomanía. A veces, la madre echaba de menos dinero, cuyos restos encontraba después en poder de la chiquilla, y en otras, faltaba plata en el portamonedas de la criada. La madre halló en poder de su hija libros nuevos que ella no le había comprado. A las reprensiones más o menos fuertes, siguieron las confesiones, pero no hubo ni mejoría ni arrepentimiento. No faltaron reincidencias.

Naturalmente que esa evolución de la criatura se desarrolló, también desfavorablemente, en la escuela. Los médicos brasileros a quienes se consultó estaban frente a un enigma; tampoco tuvo mayor éxito un médico alemán que fué consultado. En ese trance, la desesperada madre recurrió a mi dirección en Alemania, la que le fué dada por un partidario de mi sistema.

Nos complace haber podido dar a la desconsolada madre la indicación que la llevó a un éxito duradero y produjo la completa curación, como lo atestigua muy agradecida en una carta.

No quiero dejar de dar aquí, en resumen, nuestra receta en ese caso. La niña debía copiar en un papel y en presencia de la madre lo siguiente:

“Yo no quiero sacar más dinero.

“Quiero seguir siempre los consejos de mi madre.

“Quiero dormir tranquilamente de noche.

“Quiero estar siempre atenta en la escuela”.

Mientras la chica escribía esto, la madre le pasaba por delante del rostro un pañuelo embebido en un perfume preparado especial-

mente según receta; de ese modo la niña identificaba y mezclaba, al mismo tiempo, sus declaraciones con el perfume especial. Esa misma noche, cuando dormía, el pañuelo fué colocado en una mesita bien cerca del rostro de la chica. Dormida, recibía durante toda la noche el perfume en su subconsciencia y se acordaba, así, a todo momento, de lo que había prometido. La receta debía repetirse por algunas noches hasta que la niña estuviera libre de tales vicios mórbidos.

Este ejemplo nos lleva a aplicaciones prácticas. Luego que se haya localizado una enfermedad, debemos aplicar, según el caso y el sistema indicado, varios perfumes. Podría decirse que este solo ejemplo sienta la base de toda la **Osmoterapia**. Es la indicación de su empleo. Una prescripción precisa para la curación radical de males, desvíos o molestias mentales. Deseo que el lector aprenda a comprender, precisamente en la historia de esta dolencia, la "**Osmoterapia**".

Me ofrezco gustoso para indicar a los enfermos la experiencia adquirida en largos años. Naturalmente que les recomendamos que aspiren de día, ciertas esencias, en determinados períodos. La influencia en el subconsciente durante el sueño, es un factor esencial.

CAPITULO DECIMO OCTAVO

Los médicos orientales curan con perfumes

Establecióse una vez en México un médico chino. Se contaban de él cosas maravillosas y talvez debido a la atracción de su rareza y exotismo el hombre tenía una ronería de clientes y, algo increíble, un éxito médico fabuloso.

Desde hacía tiempo que yo deseaba ir a ver al chino, pero titubeaba; talvez podía intimidarse él con mi visita, dado mi carácter de médico oficial y no habiendo pensado en mandarlo llamar esperé la oportunidad favorable.

Pues bien, por un pretexto cualquiera tuvimos una noche un gran banquete como se acostumbra en México. Hubo profusión de todo, se comió y bebió en abundancia. El resultado fué que a la mañana siguiente me sentí con un embarazo gástrico, o para ser fran-

co, me había embriagado. Mi ayudante, cerrándome un ojo, me dijo: "Sr. Coronel, ¿por qué no consulta al chino"?

Dios Santo, pensé, ¿qué luminosa idea! Y dicho y hecho.

Me puso un vestido viejo, un sombrero igual y me las eché donde el curandero. Luego noté que el hombre no me había reconocido y me recibió despreocupado.

—¿Qué tiene el Sr.? Me preguntó acentuando las palabras.

—Pues, si lo supiese, contesté, no habría venido a consultarlo. Exámíname.

Me acercó una silla junto a la mesa, apoyó en ésta mi mano y me tomó el pulso, no en la forma que lo hacemos nosotros, sino aplicando el dedo a mi mano. Me reía para mis adentros y pensaba: así vas a tener mucho que buscar. Mantuvo él esta posición por lo menos un cuarto de hora. Después se sentó muy tranquilo y con gran asombro mío, dijo: "No es nada. El señor sólo tiene un embarazo gástrico pasajero; eso se cura hasta mañana".

Ya más confiado, le entablé conversación. El buen chino conocía bien nuestra medicina occidental, pero creía mejores sus procedimientos y no veía motivos para cambiar.

Terminado su diagnóstico, él tenía encendida una especie de lamparita de la que pron-

to comenzaron a salir vapores perfumados. Preguntéle qué era aquello, a lo que me respondió: "Es su inhalatorio. Aspire eso y pronto quedará sano y ahorra la medicina". "Sí, dije, experimentaré tu Osmoterapia".

Contaba estar al día siguiente más o menos sano de mi embarazo gástrico; pero lo interesante era que el chino empleaba mi sistema, y por eso refiero aquí el caso.

En Berlín también tuvimos ocasión de conocer un médico lama. Hace años practicaba aquí el lama Rintschen, encargado de vigilar y velar por los mongoles domiciliados. Trajo de Oriente su propia botica y no compró jamás un remedio alemán. También él curaba por los perfumes.

Esas personas, no pensaron jamás ni aún adquiriendo el saber de nuestros médicos, en adoptar nuestros sistemas, como dice el Dr. W. Filchner en su muy célebre obra sobre estudios orientales: "Conocer no siempre significa reconocer". Me complace el haber conocido más de cerca una cierta parte de esa obra admirable de Filchner que fué para mí, en varios puntos, el complemento valioso del libro de Hübötter, "Contribuciones al conocimiento de la farmacología china así como de la tibetomongólica". Siempre recuerdo también las indicaciones de mi vecino, W. A. Unkrig, a

quien agradezco el haber tratado tantos problemas en el campo del lamaismo, publicado algunos textos referentes a ellos y traducido del ruso y del chino, disertaciones sobre esa materia. Me comunicó, personalmente, conocimientos para mí hasta entonces desconocidos en el terreno de las religiones orientales, especialmente del lamaismo y así pude profundizar y ampliar los conocimientos que ya me habían proporcionado sus publicaciones.

En todos esos libros hallé ratificado el contenido de mi libro en español: "Plantas Sagradas", y a saber que todos esos pueblos primitivos concuerdan en el tesoro botánico de sus sistemas médicos y que, en todas partes, les faltaba instalaciones técnicas para preparar las esencias como ahora podemos hacerlo, según procedimientos nuestros, para bien y prosperidad de la humanidad doliente.

CAPITULO DECIMO NONO

Perspectivas para una Osmoterapia.

Acabamos de ver la extraordinaria importancia que adquiere el empleo de los perfumes en medicina. Pero no debemos ocultar que estamos en los primerísimos albores de su ensayo y conocimiento. Perfume es radiación; cada variación aromática resulta, sin duda, de frecuencias radiantes, matemáticamente determinables; y una alteración de frecuencia acarrearía una cambiante de color. Es importante conocer esto porque de otros ramos de la radioterapia sabemos que, en una sola octava de faja ondulatoria cósmica (esto en la nomenclatura radiotécnica quiere decir el alcance de una cierta frecuencia hasta su doble valor), están contenidas todas las clases de influencias terapéuticas de nuestros órganos corporales, útiles o nocivos, vitalizantes o deprimentes:

Por ejemplo: el espectro solar visible abarca una octava entera de frecuencia, de 387, 298, 334, 620 y 741 Hertz (zona infra-roja), hasta 774, 596, 669, 241 y 483 Hertz (zona ultra,violeta), bajo reserva naturalmente de que, la persona de raza que no es del todo pura, ve un espectro más corto. El hacinamiento de todas esas frecuencias produce, como ya se dijo, el blanco de la luz solar, casi totalmente vitalizante de cualquier fenómeno biológico; más, si determinada frecuencia de la zona verde del espectro solar es indescribiblemente benéfica en ciertas cefalalgias nerviosas, ha de decirse lo contrario de su absoluta falta de resonancia en la zona roja.

Eso mismo sucede con la acción de los perfumes. Por ejemplo, la acción vivificante y refrescante del perfume del agua de Colonia, se cambia completamente apenas se le agregue un grano de pachuli, y se puede afirmar que eso solo sucede cuando la frecuencia irradiante de nuestra substancia aromática, con la adición de otra substancia, se cambia en su desarmonía.

Esto nos lleva al punto más fundamentalmente importante de nuestro problema: la selección de cada perfume medicamentoso para cada clase especial de dolencia. Bajo este aspecto, todavía estamos hoy en el comienzo de

una gigantesca tarea. ¿No será ella acaso lo suficientemente importante que convoque e invite a buscar su solución a todos los investigadores del mundo?

No se objete que la amplitud (energía radiante), de cualquier perfume es tan diminuta que no puede tener influencia duradera en una enfermedad. Tal objeción es inconsistente con mostrarse la importancia de una acción inicial llevada "ad absurdum", y aquí hay un ejemplo sugestivo de acción inicial. Échese en un gran recipiente de monohidrato de oxígeno (agua oxigenada), una partícula insignificante de platino y obsérvese atentamente lo que sucede. Segundos después se forma, en torno a la partícula de platino, una zona casi imperceptible de vesículas diminutísimas y después de igual tiempo, esa zona se vuelve apenas perceptiblemente más grande. Pero algunos minutos más la zona crece en grados inquietantemente progresivos y cuando haya abarcado un décimo del todo contenido en el recipiente, haremos bien en apartarnos, pues con un estallido espantoso se cambia el contenido residual de nuestro recipiente. Nótese: que en las mismas condiciones, quedaría sin acción un gran pedazo de platino, de un kilo de peso, que se hubiera metido adentro.

En eso vemos que una gran porción de energía (el gran pedazo de platino), no tiene acción alguna y que, entretanto, una porción mínima de energía, con acción inicial inmediata, extremadamente pequeña, desarrolla luego una acción gigantesca. Lo que nos da este principio: la naturaleza es más activa en lo pequeño, en lo mínimo. De ahí proviene también la formidable acción del perfume.

Después de lo dicho, debemos sentar que hay que atribuir a cada excitante aromático determinado, una frecuencia primaria irradiante, especial. Muy probablemente sucede en las sensaciones de perfumes, de parte de nuestro órgano del olfato, lo siguiente: cada frecuencia irradiante tiene, por decirlo así, sus antenas en determinadas zonas del órgano sensitivo, y las frecuencias ondulatorias de esas antenas son iguales a las frecuencias del perfume, o, correspondientes. Eso quiere decir que la parte receptora de nuestro órgano del olfato es accesible a uno u otro aroma conforme a la zona y sólo para esos perfumes, en tanto que otra zona cualquiera sólo corresponde a un perfume determinado, de una frecuencia que concuerde con él. Podríamos admitir todavía que el hombre, entre todos los seres naturales, es el que dispone de órganos sensitivos más finos y complicados, mayormente si

se trata de una raza que se ha conservado pura y elevada y que eso va decayendo en las razas inferiores y en los animales. Todavía debemos establecer, finalmente y con todo fundamento, que ciertos órganos receptores, no complicados, están dotados de un reducido alcance receptivo en las razas inferiores y de cualidades sensitivas en los animales, cualidades que, en los complejos órganos receptivos existentes en personas bien raziadas, se desarrollan grandemente.

A este respecto cabe una interesante observación del naturalista aficionado alemán Heinrich Ehret, digna de mencionarse aquí. Ehret habitaba en el Cairo e hizo una excursión al Sudan egipcio, situado al sur de Omdurman, en busca de una especie de mariposa que solo existe allá para ponerla en su colección. Ehret sólo consiguió encontrar un ejemplar hembra y volvió al Cairo. Colocó el bicho en la proximidad de la cortina de gasa de la ventana de su cuarto, en una cajita agujereada y con alimento.

Días después la cortina estaba cubierta, por fuera, de una multitud de machos de la misma especie. Anótese que el hecho sucedió en la época de la fecundación, y que existiendo esa mariposa sólo en el Sudan egipcio y nunca en las cercanías del Cairo, los machos

tuvieron que volar la distancia gigantesca de 600 kms. para alcanzar a la hembra. El olor de la hembra actuó, pues, en el cielo, a tan inconcebible distancia en el órgano olfativo (antenas) de los machos y debemos reconocer, así, cuán incalculablemente importante significación reviste a este complejo: irradiación y percepción odoríferas en los seres biológicos.

Todavía nos queda por ver una cuestión. ¿Podemos preparar perfumes sintéticos para la Osmoterapia? Creemos que sí, si preparamos las esencias con materias primas vegetales y no con las que se han escogido de procedencia animal o mineral. La mayoría de las esencias que se preparan hoy día provienen del alquitrán o de otro mineral. Pero la hulla es un admirable receptáculo de energía solar de millones de siglos, todo lo que la tierra recibió del sol de energía vivificante es lealmente guardado para nosotros: la fulgurante coloración del paraíso, la irradiación colorífica, el perfume y el fuego de las flores, recogidos por la tierra en centenares de millares de años. Y la química ha sabido, en creciente y fascinante escala, extraer de ese reservatorio toda esa magnificencia, despertándole. La fabricación de los perfumes hizo posible la moderna ciencia del asfalto. Sabemos, además, por informaciones de los conquistadores españoles.

que los antiguos mexicanos ya sabían extraer esencias del asfalto, lo que debemos tener por una nueva prueba de la cultura de esos pueblos. Debemos acentuar una vez más que cada uno de nosotros está expuesto a la influencia insalubre de un mal olor aspirado y, por lo tanto, podemos también aquí, en casos bien determinados, expulsar al diablo con Belzebú. Aspiramos una esencia ciertamente nociva; basta, entretanto, la introducción de ese olor en la nariz para hacer desaparecer un dolor de muelas de varias horas. Eso no quiere decir que se haya curado el dolor, sino que ha habido una lucha contra él. La curación se la dejamos al dentista; más, ¡qué ventaja para el paciente librarse de ese dolor provisoriamente, sin valerse de un medio perjudicial!

Naturalmente que nosotros condenamos todo cuanto emplea la cosmética moderna, es decir afeites y otros preparados. Lo que recomendamos es el uso de buenos perfumes, pues todos los buenos olores actúan saludable y sedativamente. De ahí viene que podamos defendernos por medio de perfumes de las irradiaciones incómodas y peligrosas de las razas inferiores.

Este libro quiere aparecer al mundo como un estímulo y tentativa de un nuevo sistema curativo. Estoy convencido de que el futu-

ro pertenece a este sistema y que en tal sentido debe alguien comenzar. Sobre este nuestro problema no existe una literatura especial. Como médico-coronel y como diplomático, en los innumerables viajes por todos los países, en los que me detuve largamente, aproveché para hacer experimentos y pude emplear los conocimientos, adquiridos poco a poco, con un éxito inesperado. Muchas veces, cuando era médico de regimiento, al verme aparecer con mis remedios de perfumes, fui objeto de risa, pero muchos soldados me agradecieron después, cuando fueron curados por mi método; y en muchas ocasiones los enfermos ya una vez sanados en esta forma, exigían que después se les aliviara con el mismo tratamiento, que encontraban tan apropiado.

A vosotros, los que os interesáis en este gran problema, os dirijo un pedido: investigad, ayudad al progreso de los conocimientos, cuidad del grano que os tiro. Y si quisiérais darme una gran alegría, informadme, por carta, de vuestras experiencias.

Todas las cartas diríjense a

Dr. A. KRUMM-HELLER

Berlín. Heiligensee, Jägerweg, 10. Alemania.

Nota.— El autor de esta obra puede proporcionar perfumes y esencias preparadas de acuerdo a este sistema, ya sean para el tratamiento de dolencias como para el uso diario personal. Los precios varían entre uno, dos y tres Dollars, según los casos. Indispensable enviar fecha y lugar de nacimiento del interesado y si fuera posible también la hora. Contestará gustoso cualquier consulta, siempre que se le envíe Cupones de Respuesta Internacional o sellos de correo para la respuesta.

BIBLIOGRAFIA

Status des gantiers et parfumeurs de Mars 1656 et declarations susequentes jusqu'a l'année 1706 (Paris 1713).

A. Avalon.—Principales of Tantra, part. I (London 1919).

Dr. Fr. Asboya.—Astromedizin, Astropharmazie und Astrodiatetik (Memmingen, 1931).

Fr. P. Beltram.—Coordinación alfabética de las Voces de Idioma Maya (1898).

Charabot.—Les parfumes artificiels (Paris, 1899).

Galeniper.—Cameni Opera Quaedam, (1567).

Heinrich Dáath.—Medizinische Astrologie, (Berlín-Steglitz). (Tomo 9 de los libros de estudio astrológico de Alan Leo).

Filchner.—Kumbum Dschamba Ling (Leipzig, 1933).

Gug. Gemelli O. M.—L'Enigma della Vita, (Firenze, 1914).

- Dr. H. Girgois.**—El Oculto, (Barcelona, 1901).
- Konig.**—Hebraisches und aramaisches Wörterbuch zum Alten Testament, (Leipzig, 1932).
- Dr. A. Krumm-Heller.**—Bioritmo (Berlín-Heiligensee, 1930). Plantas sagradas, (Berlín-Heiligensee, 1931), El Tatwametro, (Barcelona).
- Larbaletrier.**—Tratado práctico de jabonería y perfumería. (Edición española, París).
- Dr. Fr. Losch.**—Krauterbuch, (Esslingen).
- Lunel.**—Guide pratique de parfumerie, (París, 1887).
- v. Maltzew.**—Traducciones de varias obras litúrgicas de la iglesia ortoxoda-católica del Oriente. (Berlín, varios años).
- Dr. Jer. Martínez.**—Las Curas del Dr. Asuero. (Buenos Aires).
- Mendizabal.**—Americanas (1929).
- Parry.**—Chemistry of Essential Oils and Artificial Perfumes, (2.ª ed., 1908).
- S. Piessé.**—Des Odeurs, des Parfumes et des Cosmétiques, édition française par O. Reveil, (París, 1865).
- S. Piessé.**—Histoire des Parfumes et Hygiène de la Toilette, (París, 1810).
- A. Rossi.**—Manual del perfumista (edición española, Barcelona, 1916).

- Sawer.**—*Odorographia*, naturel history of raw materials and drugs, (Londres, 1892-94).
- Sarat Chandra Das.**—*A. Tibetan. Englisch Dictionary*, (Calcutta, 1902).
- Fray Bern. de Sahagun.**—*La Historia de las cosas de Nueva España*, (1578).
- Dr. med. Schwab.**—*Sternenmache und Mensch*, (Zeulenroda, 1933).
- Strassburger, Noll, Schenck, Karsten.**—*Lehrbuch der Botanik für Hochschulen*, (Jena, 1908).
- Winkler.**—*Die Parfümerie fabrikation* (2. ed., Halle, 1882).
- Zwaardemaker.**—*Physiologie des Geruchs*, (1895).

COMPENDIO

Indice de algunas plantas que fueron revisadas para este libro, según su pertenencia a los signos zodiacales y planetas.

ARIES: Retama (*Genista Scorparia*), Acebo (*Ilex aquifolium*), Centaura menor, o Cardo (*Cnicus benedictus* L.), Arzolla (*Lappa officinales*), Helecho (*Pteridophyta*), Ajo (*Allium sativum* L.), Cáñamo (*Canabis sativa*), Mostaza (*Erysimum officinale* L.), Ortiga (*Urtica urens*), Cebolla (*Allium Cēpa*), Amapola (*Papaver Rhoeas*), Rabanito (*Raphanus sativus* L.), Ruibarbo (*Rheum officinale* Baillon), Pimentero (*Capsicum annuum*), Cola de caballo (*Equisetum arvense* L.).

TAURO: Acelga (*Beta* L.), Llantén (*Plantago lanceolata* L.), Lino (*Linum catharticum* L.), Espuela de caballero (*Delphinium consolida* L.), Aquilea (*Aquilegia vulgaris* L.),

Bellorita o margaritilla (*Bellis perennis* L.), Diente de León (*Leontodon taraxacum* L.), Zapallo (*Cucurbita pepo* L.), Mirto o Arayán (*Myrtus communis* L.), Tusilago (*Tussilago farfara* L.), Sauco (*Sambucus nigra* L.), Musgo (*Bryophyta*), Espinaca (*Spinacia oleracea* L.), Papa o patata (*Solanum tuberosum*), Primula o Primavera (*Primula officinalis* Jacq), Nomeolvides (*Myosotis*).

GEMINIS: Jazmín (*Jasminum*), Cinoglosa (*Cynodon*), Mastuerzo de Prados (*Cardamine pratensis* L.), Rubia (*Rubia tinctorum* L.), Madreselva (*Lonicera*), Tanaeceto (*Tanaecium vulgare* L.), Verbena (*Verbena officinalis* L.), Aquilco o Milenrama (*Achillea millefolium* L.), los árboles muy ramificados, Abedul (*Betula verrucosa*), Laurel (*Laurus nobilis*).

CANCER: Pepino (*Cucumis sativus*), Zapallo (*Cucurbita Pepo*), Melón (*C. Melo*), todas las plantas acuáticas como el Junco (*Juncus*), Nenúfar (*Nymphaea alba*), Repollo (*Brassica cleracea*), Hongo o Callampa (*Fungi*).

LEO: Anís (*P. Anisum*), Manzanilla (*Matricaria chamomilla* L.), Primula o Primavera

(*Primula officinalis* Jacq.), Asfodelo o Gamón (*Asphodelus* L.), Eneldo (*Anethum graveolens*), Rosal silvestre o escaramujo (*Rosa canina* L.), Eufrasia (*Euphrasia officinalis* L.) Hinojo (*Foeniculum officinale* All), Alhucema (*Lavandula vera* De Candolle), Sauco amarillo (*Sambucus racemosa* L.), Amapola (*Papaver somniferum* L.), Crisantemo (*Chrysanthemum*), Menta (*Mentha piperita*), Muérdago o Visco (*Viscum album*), Perejil (*Petroselinum sativum* Hoffm.), Anagárida (*Aurealis arvensis* L.), Rosa (*Rosa centifolia* L.), Girasol (*Helianthus annuus*), las frutas nobles, Encina o Roble (*Quercus pedunculata* Ehrh.), Sauco negro (*Sambucus nigra* L.).

VIRGO: Escarola o Endibia (*C. Endivia*), Mijo o trigo candeal (*Panicum miliaceum*), Ligustro o Alheña (*Ligustrum vulgare* L.), Lechuga (*Lactuca sativa*), Madreselva (*Lonicera*), Sándalo (*Santalum album*), Valeriana (*Valeriana*), Trigo (*Triticum sativum* L.), Cebada (*Hordeum vulgare* L.), Avena (*Avena sativa* L.), Centeno (*Secale cereale* L.), Reseda (*Reseda odorata* Peral (*Pirus mahus* L.)).

LIBRA: Berro (*Nasturtium officinale* R. Brown), Rosa (*Rosa centifolia* L.), Fresa (*Fragaria vesca* L.), Prímula o Primavera

(*Primula officinalis* Jacq.), Clemátide (*Clematis*), Violeta (*Viola odorata*), Pensamiento (*Viola tricolor*), Melisa o Toronjil (*Melissa officinalis*), Limonero (*Citrus*), Lirio (*Lilium candidum* L.),

ESCORPION: Endrino (*Prunus spinosa* L.), Zanahoria (*Daucus carota* L.), Brezo (*Erica montana*), Fréjol (*Phaseolus vulgaris* L.), Zarzamora (*Rubus fruticosus* L.), Puerro (*Allium porrum* L.), Pastel o Glasto (*Isatis*), Absintio (*Absinthium* L.), Ortiga (*Urtica urens* L.), Cardo mariano (*Carduus marianus* L.), las plantas venenosas y medicinales, Arce (*Acer pseudoplatanus*).

SAGITARIO: Agrimonia (*Agrimonia eupatoria* L.), Begonia (*Begonia*), Malva rósea (*Althaea rosea* Cavanilles), Haya (*Fagus silvatica* L.), Palmera (*Palmae*),

CAPRICORNIO: Cicutu (*Conium maculatum*), Beleño (*Hyoscyamus niger* L.), Belladona (*Atropa belladonna* L.), Amapola negra (*Papaver*), Pino (*Pinus abies* L.), Malva común (*Malva silvestris* L.), Ciprés (*Cupressus sempervirens* L.), Yedra (*Hedera felix* L.), Pino silvetre (*Pinus silvestris* L.),

ASTUARIO: Nardo indico (*Nardostachus Jastamansi* DC.), Mirto o Arayán (*Myrsus*), Rododendro (*Rhododendron*), Cacto (Cactaceae).

PISCIS: Todas plantas marítimas, Helofitos (Filices) y Musgos (*Muscineae*) que crecen en el agua. Cólquico (*Colchicum autumnale* L.), Orquídeas (*Orchidaceae*), Aromo (*Mimosaceae*), Olmo (*Ulmus campestris*).

SOL: Almendro (*Amygdalus communis* L.), Angélica (*Angelica silvestris* L.), Manzanilla romana (*Anthemis nobilis* L.), Cólquico de otoño (*Colchicum autumnale* L.), Centaura menor (*Erythroea Centaurium*), Celidonia (*Chelidonium majus* L.), Caléndula (*Calendula officinalis* L.), Drosera o yerba del rocío (*Drosera rotundifolia* L.), Bistorta (*Polygonum bistorta* L.), Hiperico o corazóncillo (*Hypericum perforatum* L.), Enebro (*Juniperus communis* L.), Nogal (*Juglans regia* L.), Fresno (*Fraxinus* L.), Romero (*Rosmarinus officinalis* L.), Sombrerera o yerba de la pascua (*Petrucae officinalis*), Girasol (*Helianthus annuus*), Eufrasia (*Euphrasia officinalis* L.), Tormentilla (*Potentilla tormentilla*), Trébol (*Trifolium*), Laurel (*Laurus nobilis* L.), Muérdago o visco (*Viscum album* L.), Olivo (*Olea*

europaea L.), Peonía o sañajos (Paeonia), Ruda (Ruta graveolens), Amel o flor estrellada (Aster amellus L.), Vid (Vitis vinifera L.).

LUNA: Pepino (Cucumis sativus L.), Visco o muérdago (Viscum album L.), Mastuerzo del prado (Cardamine pratensis L.), Lechuga (Lactuca sativa), Alhelí (Cheiranthus), Verdolaga (Portulaca oleracea L.), Esfondilio (Heracleum Sphondylium L.), Correhuela o alcohol (Convolvus), Geranio o pico de cigüeña (Geranium Robertianum L.), Zapallo (Cucurbita pepo L.), Mercurial común (Mercurialis annua L.), Berro (Nasturtium officinale), Lengua de serpiente (Ophioglossum vulgatum), Saxifraga (Saxifraga), Lenteja acuática (Lemnaceae), Sauce blanco (Salix alba), muchas plantas acuáticas, las poligonáceas (Polygonum), Alhelí amarillo (C. Cheiri L.), Bellorita o margaritilla (Bellis perennis L.), (Sedum), Cinoglosa o lengua de perro (Cynoglossum officinale L.), Lirio (Liliace), Cuajaleche o galio (Galium verum), Oreja de ratón o vellosilla (Hieracium pilosella L.), Amapola blanca (Papaver somniferum L.), Violeta (Viola odorata), Lirio de los pantanos (Iris pseudacorus), Sauce (Salix purpurea L.), Yedra (Hedera felix L.).

MERCURIO: Apio (*Apium graveolens* L.), Abrótano o artemisa (*Artemisia abrotanum* L.), Eueldo (*Anethum*), Aspidistra (*Aspidium filix mas* Sw.), Lirio de los valles o Muget (*Convallaria majalis* L.), Avellana (*Corylus avellana* L.), Alcaravea o comino de prados (*Carum Carvi* L.), Orozuz Regaliz o Palo dulce (*Glycyrrhiza glabra* L.), Cinoglosa o lengua de perro (*Cynoglossum officinale* L.), Zanahoria (*Daucus carota* L.), Perejil (*Petroselinum sativum* Hoffm.), Serpol (*Thymus serpyllum* L.), Hinojo (*Foeniculum officinale* All.), Alhucema o esplieglo (*Lavandula vera* de Candolle), (Satureja hortensis L.), Marrubio (*Marrubium vulgare* L.), Valeriana (*Valeriana officinalis* L.), Endibia o escarola (C. Endivia), Avena (*Avena sativa*), Tusilago o Fáfara (*Tussilago farfara* L.), Culantrillo (*Adiantum Capillus Veneris* L.), Orégano (*Origanum majorana* L.), Morera (*Morus alba*), Mirto o Arrayán (*Myrtus communis* L.), Pastinaca o chirivia (*Pastinaca sativa* L.), Euforbio (*Euphorbia*), Mandrágora (*Mandragora officinalis* L.), Camedrio (*Maurum verum*).

VENUS: Aitea o malvavisco (*Althea officinalis* L.), Lapa o lampazo (*Lappa officinalis* All.), Aspérula (*Asperula odorata* L.), Alca-

chofa (*Carlina acaulis* L.), Aquilea o milenrama (*Archillea millefolium* L.), Aliso (*Alnus glutinosa*). (*Silva pratensis*), Poleo (*Pulegium vulgare*), Guindo (*Prunus cerasus* L.), Primula (*Primula veris* L.), Acederilla (*Oxalis acetosella* L.), Bellorita o margaritilla (*Bellis perennis* L.), Cardo corredor (*Enryngium campestre* L.), Ligustro o alheña (*Ligustrum vulgare* L.), Cuajalche o gaño (*Galium verum* L.), Llantén (*Plantago major* L.), Saponaria (*Saponaria officinalis* L.), Orquis o satirión (*Orchis mascula* L.), Trigo (*Triticum sativum* Lam.), Serpol (*Thymus serpyllum* L.), Fresa (*Fragaria vesca* L.), Durazno (*Prunus persica*), Peral (*Pirus communis*), Ciruelo (*Prunus demestica*), Cereza (*Prunus avium*), Aquilea (*Aquilegia vulgaris* L.), Fréjol (*Phaseolus vulgaris* L.), Abedul (*Betula alba* L.), Agrimonia (*Agrimonia eupatoria* L.), Zarzamora (*Rubus fruticosus* L.), Yedra terrestre (*Glechoma hederacea* L.), Lila (*Sambucus*), Centaura menor (*Gentiana Centaurium*), Centaura mayor (*Erythraea Centaurium*), Cimbalaria o linaria (*Ficaria verna* Hudson), Poleo (*Mentha Pulegium*), Digital (*Digitalis*), Alquimila o pie de león (*Alchemilla vulgaris* L.), Cólquico (*Colchicum autumnale* L.), Tusílago o Farfara (*Tussilago farfara* L.), Castaño (*Aesculus hi-*

pocasionum L.), Cruciatá (Gentiana cruciata L.), Menta (Mentha crispata), Amapola (Papaver somniferum L.), Anéusa o lengua de buey (Anchusa tinctoria Desf.), Quinquéfólio o cincoenrama (Potentilla reptans), Caléndula (Calendula officinalis L.), Pico de cigüeña (geranium Robertianum L.), Centeno (Secale cereale L.), Acedera o Vinagrerita (Rumex acetosa L.), Ortiga muerta (Lamium), Violeta (Viola odorata), Trigo común (Triticum vulgare Villars).

MARTE: Ajenjo (Artemisia absinthium L.), Aloe o acibar (Aloe vera L.), Anémóná (Anemona pratensis L.), Aro (Aron maculatum L.), Ajo (Allium solivum L.), Brioná blanca (Bryonia alba L.), cardo santo (Caltha benedicta), Pico de cigüeña (Geranium Robertianum L.), Agracejo (Berberis vulgaris L.), Cardo blanco (Crataegus), Centaurea menor (Erythroea Centaurium), Coquearía o rábano (Cochlearia armoracia L.), Graciola (Gratiola officinalis L.), Hoblón (Humulus lupulus L.), Genciana amarilla (Gentiana lutea L.), Cilantro (Coriandrum sativum L.), Mostaza (Erysimum officinale L.), Tabaco (Nicotiana), Sabina (Juniperus sabina L.), Ortiga (Urtica urens), Lino (Linum catharticum L.), Valeriana (Valeriana officinalis L.), Ra-

núnculo bulboso (*Ranunculus bulbosus* L.), Ranúnculo celerado (*Ranunculus sceleratus* L.), Rubia o granza (*Rubia tinctorum* L.), Ruibarbo (*Rhenum officinale* Baillon), Albalaca (*Ocimum basilicum* L.), Berberis o berbero (*Berberis vulgaris* L.), Boj (*Buxus sempervirens* L.), Pino (*Pinus Abies* L.), Retamo (*Genista Germanica* L.), diversas clases de malpigiáceas (*Barbarea vulgaris* R. Br.), Puerro (*Allium porrum* L.), Imperatoria (*Imperatoria ostruthium* L.), Cebolla (*Allium Ceba* L.).

JUPITER: Espárrago (*Asparagus officinales* L.), Vencetósigo (*Vinetoxicum officinale* Moench), Agrimonia (*Agrimonia eupatoria* L.), Damasco (*Prunus armeniaca*), Arce (*Acer campestre*), Betónica (*Betonica officinalis* L.), Borraja (*Borrago officinalis* L.), Castaño común (*Castanea vulgaris*), Higo común (*Ficus*), Castaña de la India (*Aesculus*), Jazmín (*Jasminum*), Meliloto (*Melitus officinalis*), Gariofilca (*Geum urbanum* L.), Rosa (*Rosa centifolia*), Pulmonaria (*Pulmonaria officinalis*), Melisa o toronjil (*Melissa officinalis*), Hísopo (*Hyssopus officinalis* L.), Hepáticas (*Hepaticae*), Diente león (*Taraxacum officinale*), Quinquefolio (*Potentilla reptans* L.), Caña de azúcar (*Saccharum officí-*

narum), Escolopendra o lengua de ciervo (*Scelopendrium vulgare*), Siempreviva (*Sempervivum tectorum* L.), Salvia (*Salvia officinalis* L.), Grama (*Triticum repens* L.), Tanacetó (*Tanacetum vulgare* L.), Anís (*Pimpinella anisum* L.), Cardo santo (*Cnicus benedictus* L.), Carlina (*Carlina acaulis* L.), Encina o roble (*Quercus*), Tanacetó (*Tanacetum balsamita* L.), Arandano común (*Vaccinium myrtillus* L.), Perifollo (*Herba Cerefolii*), Eupatoria (*Eupatorium cannabinum* L.), Maza (*Myrrha*), Acedera (*Rumex acetosa* L.), Celidonia (*Chelidonium majus* L.), Estramonio (*Datura stramonium* L.), Rosa púrpura (*Rosa purpurea*).

SATURNO: Acónito (*Aconitum napellus* L.), Pensamiento (*Viola tricolor*), Belladona (*Atropa belladonna* L.), Membrillo (*Cydonia vulgaris* L.), Cáñamo (*Cannabis sativa* L.), Mustuerzo (en Chile), Bolsa de pastor (en España), (*Capsella bursa pastoris* Moench), Cicuta (*Conium maculatum*), Haya (*Fagus sylvatica* L.), Polipodio común (*Polypodium vulgare* L.), Eléboro negro (*Helleborus niger* L.), Nispero de invierno (*Mespilus germanica* L.), Beleño negro (*Hyoscyamus niger* L.), Acebo (*Ilex aquifolium* L.), Yedra (*Hedera felix* L.), Cola del caballo o yerba del platero

(Equisetinae), Endrino (*Prunus spinosa* L.), Verbascu o Gordolobo (*Verbascum Thapsus* L.), Cizaña o Joyo (*Solium temulentum* L.), Olmo del campo (*Ulmus campestris*), Llantén (*Plantago*), Lirio de los valles o Muguet (*Convallaria meialis*), Escorzonera (*Scariola hispanica*), Alamo (*Populus niger*), Tamarisco (*Tamaricaceae*), Yerba pajarera o hieracio (*Hieracium pilosella* L.), Lirio azul (*Iris germanica*), Bistorta (*Polygonum bistorta* L.).

Nota del E: Para saber cuándo rigen los Planetas y Signos zodiacales enumerados, consúltese el "Almanaque Astrológico" de círculo Exito Mental publicado por esta misma Editorial.

I N D I C E

	Páginas.
Para empezar acompañado del Físico y del Biólogo	7
Introducción	11
CAPITULO PRIMERO	
El incienso en el culto del antiguo testamento	15
CAPITULO SEGUNDO	
Incienso, perfumes y ungüentos en la iglesia ortodoxa	41
CAPITULO TERCERO	
Perfumes y esencias en el culto del Budismo	33
CAPITULO CUARTO	
Substancias odoríferas y otras, entre los Mayas, Incas y Aztecas	49
CAPITULO QUINTO	
Culto y medicina	59
CAPITULO SEXTO	
Plantas aromáticas del Oriente	69

	<u>Páginas.</u>
CAPITULO SEPTIMO	
Enfermedades y esencias	77
CAPITULO OCTAVO	
Significado del comercio de sahumerios y perfumes en la antigüedad y la Edad Media	83
CAPITULO NOVENO	
Los sistemas de cura conocidos y sus consecuencias	95
CAPITULO DECIMO	
Arcanos vegetales y sus tradiciones	109
CAPITULO UNDECIMO	
La secreción interna y la percepción olfativa	115
CAPITULO DUODECIMO	
Astro-patología y terapéutica	125
CAPITULO DECIMO TERCERO	
Estados de sueño y ensueño	131
CAPITULO DECIMO CUARTO	
El impulso dinámico	139
CAPITULO DECIMO QUINTO	
Personas que huelen bien o mal	143
CAPITULO DECIMO SEXTO	
Trigémino y método Asuero	147

	<u>Páginas.</u>
CAPITULO DECIMO SEPTIMO	
Sutilísima influencia de los olores en el organismo ...	151
CAPITULO DECIMO OCTAVO	
Los médicos orientales curan con perfumes	159
CAPITULO DECIMO NONO	
Perspectivas para una Osmoterapia	163
Bibliografía	173
Compendio	177

Aca-
 bóse de
 imprimir es-
 te libro en los ta-
 bleros de la Editorial
 Cultura, a veintidós días
 del mes de marzo del año
 mil novecientos treinta y seis

M

Obras del Autor

"El Tatwánmetro, o Vibraciones del Eter".

"Logos, Mantram, Magia".

"La Iglesia Gnóstica"

"Bio - Ritmo".

"Rosa Esotérica".

"Plantas Sagradas".

"La Doctrina Secreta de los Gallegos".

"Quirologia Médica".

"OSMOTERAPIA", (nuevo método cura-
tivo por medio de perfumes).

Primera versión al español